

LEONARDO CARRERA AIROLA*

DE SENTIMIENTOS Y EMOCIONES EN EL *CAUTIVERIO FELIZ* DE
FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN. CHILE, SIGLO XVII

RESUMEN

Este artículo indaga los alcances emocionales y psicosociales detrás de la redacción de *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, planteando que dejar por escrito su experiencia personal y ofrecerla como paradigma del servidor “ideal” a los intereses de la Corona fue una manera de conciliarse consigo mismo y resolver su contradicción vital –un hombre íntegro y ejemplar que tuvo una vida sufrida y, de acuerdo con su subjetiva visión, por completo inmerecida–. En ese sentido, su acto de escritura le pudo brindar cierto consuelo al concebirlo y proyectarlo como una resolución simbólica de esta paradoja, y así apaciguar en algo su amargura, liberarlo del hondo malestar que corroía su espíritu producto de la frustración y rabia que le significó no haber sido todo lo que, según él, pudo y merecía ser.

Palabras clave: Chile, siglo XVII, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio feliz*, sentimientos, emociones, disonancia cognitiva, retórica, testimonio

ABSTRACT

This article investigates the emotional and psychosocial scope behind the writing of *Cautiverio feliz* by Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, proposing that leaving his personal experience in writing and offering it as a paradigm of the “ideal” servant to the interests of the Crown was a way of coming to terms with himself and resolving his vital contradiction. An upright and exemplary man, he had suffered in life, and according to his subjective vision, his suffering totally undeserved. In this sense, his writing practice might have given him some comfort in conceiving it and projecting it as a symbolic resolution of this paradox, and thus somewhat appeasing his bitterness, freeing him from the deep discomfort that was eating away at his spirit from the frustration and anger that he felt for not being all that he thought he could have been and deserved to be.

Keywords: Chile, seventeenth century, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio feliz*, feelings, emotions, cognitive dissonance, rhetoric, testimony

Recibido: noviembre de 2022

Aceptado: julio de 2023

* Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Máster en Identitat Europea Medieval por la Universitat de Lleida. Académico de la Universidad Autónoma de Chile, Sede Talca.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5105-9844> Correo electrónico: leonardo.carrera@uautonoma.cl

INTRODUCCIÓN

El *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del Reyno de Chile*¹ (ca. 1673), de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-1682), es una de aquellas obras que no se dejan encasillar con facilidad en un determinado género. Su lectura nos ilumina acerca de las vivencias personales y cotidianas que el autor experimentó en calidad de cautivo en tierras mapuches cuando era un joven soldado con apenas veintidós años. El relato, por tanto, es una expresión íntima y subjetiva de su aventura como prisionero que, de paso, nos ha legado una valiosa descripción del modo de vida indígena por estar observado *in situ*. Esto significa que la historia personal se intercala con cuadros de costumbres y anécdotas, pero la exposición secuencial de los acontecimientos –inscritos, a su vez, en un marco más general, es decir, el reino de Chile–, junto a la intención del autor de ofrecer una narración “fiel” de lo ocurrido, podrían sugerir que nos encontramos también ante una crónica o, acaso, una carta de relación. La avasalladora presencia, por otra parte, de digresiones filosófico-morales y de citas eruditas provenientes de autores clásicos, de las Sagradas Escrituras y de los Padres de la Iglesia –insertadas, por lo común, en virtud del propósito didáctico y edificante que también persigue Pineda–, no hace sino dificultar su adscripción genérica, un ejercicio, a nuestro juicio, algo estéril e inadecuado si consideramos al *Cautiverio feliz* por lo que realmente es: una obra poliédrica².

¹ La copia manuscrita original está custodiada en el Archivo Nacional de Chile, y está fechada en 1663 y 1673. La primera edición impresa apareció recién en 1863 gracias a la labor e iniciativa de Diego Barros Arana, quien la publicó en el tomo 3 de la *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril. En 1948 se editaron dos versiones modernas, una a cargo de Alejandro Vicuña (Santiago, Editorial Nascimento) y la otra por Ángel Custodio González (Santiago, Zig-Zag), mientras que en 1973 la Editorial Universitaria (Santiago) publicó una nueva versión en la Colección “Escritores Coloniales de Chile”; efectuada por Álvaro Jara y Alejandro Lipschutz, que buscó corregir los errores de las anteriores –como omisiones inadmisibles y hasta cambios en el texto–. En 2001, por otra parte, apareció la edición crítica de Mario Ferreccio y Raïssa Kordic (Santiago, RIL editores). Hemos revisado esta última edición y la anterior para llevar a cabo el presente trabajo. Las referencias y citas textuales se han incorporado a pie de página –cuando lo creímos necesario– para no interrumpir el curso de nuestra reflexión y para que, a quienes les interese, puedan profundizar las ideas esgrimidas en el texto central. Cabe advertir que, en ocasiones muy concretas, nos hemos tomado una mínima licencia: adecuar la ortografía a sus convenciones actuales para así aligerar la lectura de algunas citas.

² Varios autores han reparado en esta mixtura temática y discursiva. Así, por ejemplo, Cedomil Goic ha definido al *Cautiverio feliz* como “un libro misceláneo, un libro que es muchos libros”; mientras que Walter Mignolo halló en él elementos de “la literatura, la historia y la oratoria”. Otros autores que también se han referido a la “heterogeneidad textual” de esta obra son Óscar Galindo y Raquel Chang-Rodríguez, para quienes el texto posee una estructura tripartita en la que la narración de la historia de Chile (crónica), el relato personal del cautiverio (autobiografía) y las reflexiones filosóficas y morales (excursos) están imbricadas unas con otras. Esta mixtura narrativa se complejiza todavía más si tomamos en consideración su plurifuncionalidad: informar, debatir y persuadir. No en vano Sonia López ha sostenido que “la heterogeneidad discursiva de esta crónica es la base de la retórica de su escritura”. De manera similar, Cathereen Colters ha señalado que en el *Cautiverio feliz* “convergen varios tipos discursivos y retóricos”, destacando en particular la narración de la experiencia en cautiverio y el discurso de tipo digresivo, donde su autor expone una teoría política que tiene por finalidad, además de advertir al monarca acerca del penoso y real estado en que se encuentra el Reino

No resulta extraño, por lo mismo, que dentro de la crítica especializada coexistan diversas líneas interpretativas de acuerdo con el aspecto determinado de la obra en el que centren su atención³. Así, tras la publicación de *Cautiverio feliz* por Diego Barros Arana⁴, se instauró una práctica de lectura que dio prioridad a los elementos narrativos del texto en desmedro de los digesivos⁵. Luego vino una segunda corriente analítica que, profundizando su interés por la narración del cautiverio, apostó más

de Chile, ofrecer su consejo para revertir esta lamentable situación. Carmen Mora, por su parte, insiste en la multiplicidad retórica de la obra y reconoce que la narración del cautiverio y las digesiones de interés público hallan, en la experiencia del criollo, una unidad de sentido. Para Lucía Invernizzi también son dos los tipos discursivos que predominan en el texto: el narrativo del cautiverio y el digesivo, pero mientras que el primero no se limita a este episodio de su existencia –Francisco Núñez de Pineda, de vez en cuando trae a colación otros sucesos que se extienden a lo largo de su vida–, el segundo apunta, a su vez, a reflexiones variopintas –morales, políticas, religiosas, fisiológicas, entre otras–, todo lo cual ha redundado en su aparente “caos discursivo” y lo ha sujetado a clasificaciones contrapuestas y contradictorias. No se equivoca, entonces, Ángel Rojas cuando señala que los principales problemas discursivos del *Cautiverio Feliz* se ligan a su clasificación genérica, siendo esta la principal razón por la que “gran parte de las lecturas de los siglos XIX y XX mutilaron el texto dando énfasis a la estructura narrativa del cautiverio”. Véase respectivamente: Cedmil Goic, “Edición crítica de *Cautiverio feliz*”, en *Anales de Literatura Chilena*, vol. 3, Santiago, 2002, p. 125; Walter Mignolo, “Metatexto historiográfico e historiografía indiana”, en *Modern Language Notes*, vol. 2, Baltimore, 1981, p. 359; Óscar Galindo, “Escritura y verdad en dos crónicas polémicas de la Colonia. *El Cautiverio Feliz*: crisis y saber (II)”, en *Documentos Lingüísticos y Literarios*, vol. 18, Valdivia, 1992, pp. 23, 26 y 28; Raquel Chang-Rodríguez, “Conocimiento, poder y escritura en el Cautiverio feliz”, en *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana. Siglos XVI y XVII*, Madrid, Porrúa, 1982, pp. 63-83; Sonia López, “La memoria indígena en *Cautiverio feliz* y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán”, en *ALPHA*, vol. 43, Osorno, 2016, p. 112; Cathereen Colters, “El discurso utópico en una obra colonial chilena: *Cautiverio feliz*, de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán”, en *Fronteras de la Historia*, vol. 9, Bogotá, 2004, pp. 260 y 265; Carmen Mora, “Modalidades discursivas en *El Cautiverio Feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán”, en *Escritura e identidad criollas: El Carnero, Cautiverio feliz e Infortunios de Alonso Ramírez*, Ámsterdam & Nueva York, Rodopi, 2001, p. 178; Lucía Invernizzi, “Recursos de la argumentación judicial-deliberativa en el *Cautiverio feliz* de Pineda y Bascañán”, en *Revista Chilena de Literatura*, vol. 43, Santiago, 1993, pp. 5-6, 9, 11, 14 y 17; Matías Rojas, “*Nuestro afligido reino*: la representación de la voz indígena en el *Cautiverio feliz* (1673) de Núñez de Pineda y Bascañán”, tesis para optar al grado de Magister en Letras, Santiago, Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile 2021, pp. 6 y 22.

³ Para un abordaje crítico del estado de la cuestión, véase Sergio Correa, *El “Cautiverio Feliz” en la vida política chilena del siglo XVII*, Santiago, Andrés Bello, 1965, pp. 22-37; Raquel Chang-Rodríguez, “El propósito del *Cautiverio Feliz* y la crítica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 297, Madrid, 1975, pp. 657-663; Invernizzi, “Recursos de la argumentación...”, *op. cit.*, pp. 5-17; Nicolás Martínez, “Prácticas de escritura y construcción de memoria. La cultura del barroco colonial en *Cautiverio feliz*”, en *Tiempo y Espacio*, vol. 34, Concepción, 2015, pp. 92-100.

⁴ Como hubo que esperar hasta 1863 para que se realizara la primera edición del manuscrito –es decir, casi doscientos años después de que su autor concluyese la versión definitiva del mismo (1673)–, podemos elucidar que la primera recepción, circulación y apropiación de la obra provino desde la tradición oral, si bien algunos lectores incidentales pudieron tener acceso a ella, como el capitán Francisco Ruiz de Córdoba, quien escribió a los familiares de Núñez de Pineda y Bascañán el 27 de junio de 1680 detallándoles el inventario de sus pertenencias al momento de su deceso, entre las que se encontraba “el libro manuscrito yntitulado *Cautiverio de Chile y guerras de aquel rreyno*”. Al respecto, cfr. Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, pp. 91-92.

⁵ Véase, por ejemplo, el estudio introductorio de Diego Barros Arana a su edición del *Cautiverio Feliz* y razón de las guerras dilatadas de Chile, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1863, en especial p. VI; José Toribio Medina, *Historia de la literatura colonial de Chile*, Santiago, Imprenta de la librería del Mercurio, 1878, tomo II, p. 334; Domingo Amunátegui Solar, “Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. XI, Santiago, 1914, en especial p. 15.

bien por su carácter novelesco⁶, una perspectiva comprensible y justificada para una obra que oscila entre la historiografía y la literatura. A partir de la segunda mitad del siglo XX, por otra parte, surgen propuestas que, en función de una visión global del texto –esto es, considerando sus varios tipos discursivos– detectaron y dieron realce a su contenido político⁷. Junto a estas apareció un cuarto enfoque que concibió al *Cautiverio feliz* como una especie de tratado proindigenista⁸. Desde fines de la centuria pasada, por último, comenzó a ganar relevancia el análisis de sus aspectos retóricos, lo que ha llevado a inscribir la organización del texto en el discurso argumentativo, sobre todo en aquel de tipo judicial-deliberativo⁹.

Una manera de esclarecer cuál sería el sentido más prístino y genuino de esta obra –y así proceder a una lectura compenetrada tanto con las ideas como con los sentimientos más profundos de nuestro autor– podría ser considerar los motivos que tuvo para escribirla. Él mismo se encarga de informarnos al respecto: disconforme con la conducción del proceso de conquista al sur de Chile, donde la guerra de Arauco no da muestras de una pronta solución y solo se avizora su dilación, quiere *desenmascarar* la verdad de estos hechos¹⁰, presentado una relación fiel de lo ocurrido, pero que más bien comporta una aguda crítica al orden colonial¹¹. Por lo mismo, Francisco Núñez de

⁶ Mariano Latorre, *La Literatura de Chile*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editorial Coni, 1941, p. 42; José Zamudio, *La Novela Histórica en Chile*, Santiago, Flor Nacional, 1949, p. 26; Hugo Montes y Julio Orlandi, *Historia y antología de la literatura chilena*, Santiago, Del Pacífico, 1965, pp. 39-42; Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Chilena: 1569-1892*, Santiago, Anales de la Universidad de Chile, 1957, p. 69; Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, México, FCE, 1965, p. 119; Fresia Castillo, “El *Cautiverio Feliz* de Núñez de Pineda. ¿Primera novela chilena?”, en *Actas del X Congreso de la Asociación de Hispanistas*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, pp. 529-535; Maximino Fernández, *Historia de la literatura chilena*, Santiago, Edebé, 2007, tomo I, en especial p. 94; Raúl Silva Castro, *Panorama de la Novela Chilena: 1843-1953*, México, FCE, 1955, p. 10; Cedomil Goic, *Historia de la literatura hispanoamericana I. La Época Colonial*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 369-406.

⁷ Néstor Meza, *La conciencia política chilena durante la monarquía*, Santiago, Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, 1958, pp. 106-108; Correa, *El “Cautiverio Feliz”...*, *op. cit.*, en especial pp. 11-12, 37, 75-76 y 104-105; Chang-Rodríguez, “El propósito del...”, *op. cit.*, p. 663.

⁸ José Anadón, *Pineda y Bascuñán, defensor del araucano*, Santiago, Universitaria, 1977, en especial p. 61; Horacio Zapater, *Aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Santiago, Andrés Bello, 1978, p. 10.

⁹ Dennis Pollard, “The king’s justice in Pineda and Bascuñán’s *Cautiverio feliz*”, en *Dispositio*, vol. IX, Michigan, 1986, pp. 113-134; Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, pp. 23 y 28; Fresia Castillo, “El discurso en el *Cautiverio feliz* (1673)”, en *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 5, Irvine, 1992, pp. 227 y 232; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 17-30, en especial p. 20; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 265.

¹⁰ “No faltará ocasión en qué manifestar verdades, supuesto que el principal blanco a que se encaminan mis discursos, no es otro que hacer las verdades patentes. Con que daremos principio a mi *Cautiverio Feliz*, de adonde sacaremos el fundamento de la dilación de esta guerra de Chile”, en Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del Reyno de Chile* (en adelante *Cautiverio feliz*) I, 1. Véase también I, 7; II, 7, 12 y 15.

¹¹ De ahí que, según Alberto Salas, la obra haya permanecido inédita hasta el año 1863: “por ser una de las más recias críticas que se ha escrito con respecto de la conquista, evangelización y administración de Chile”. Una apreciación así de categórica requiere matizarse, pues, de lo contrario, se puede prestar a equívoco: es cierto que *Cautiverio feliz* tuvo una circulación bastante restringida hasta su recuperación por Diego Barros Arana en el siglo XIX. También es cierto que, más allá de los diversos géneros que aquí coexisten, hay aspectos que permean toda la obra, como sucede con la crítica a la administración colonial y a la calidad moral

Pineda trata de *enmascarar* esta crítica a través de un acabado revestimiento retórico¹². Como haya sido, lo cierto es que si se propuso develar la “verdadera causa” de la crisis colonial es porque su última meta era incidir en su contexto inmediato, revertir el deplorable estado en el que se encontraba el Reino de Chile en la frontera del Bío-Bío¹³, su querida “patria”¹⁴. Para esto debía convencer a sus potenciales lectores de que decía “la verdad” –de ahí su insistencia en ella–, una verdad que, de alguna manera, le fue “revelada” cuando cayó cautivo en manos mapuches. Por eso se decidió a contar esta experiencia, para que a través del conocimiento directo de lo que vio y vivió otros pudieran, al igual que él, descubrir de primera mano lo que estaba sucediendo en el sur

de las autoridades políticas venidas de España. De acuerdo con Ángel Rojas, esta crítica “es un asunto que involucra la globalidad del texto”. Sin embargo, esto no significa que nuestro cronista haya concebido su texto como un mero desahogo y, por tanto, restara importancia a su proceso de lectura y circulación. El solo hecho, por ejemplo, de que redactase la “Suma y epílogo” de su obra transparenta la intención de que su alegato fuese leído por otros. No olvidemos que el escrito de Núñez de Pineda y Bascuñán era, ante todo, un texto de solicitud política al monarca, es decir, su finalidad era funcionar y circular en el ámbito letrado y burocrático colonial para llegar al rey, de manera que, independiente de que su lectura produjera molestia en algunos, lo decisivo era mostrarse fiel a aquel. Por último, debemos tener presente que, a lo largo de su narración, el autor no solo mantiene ciertos vocablos mapuches para referirse a lugares, objetos o acciones, sino que además acompaña esta mención de una explicación, proceder que, según Manuel Alvar, también da cuenta de un interés para que su escritura llegase a destinatarios ajenos al espacio narrado y que, por lo mismo, necesitaban de una traducción para acceder al contenido de estas palabras. Véase Alberto Salas, *Crónica florida del mestizaje de las Indias*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 157; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 6, 10, 39 y 51; Manuel Alvar, “Bernal Díaz del Castillo”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I: Época Colonial*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 133.

¹² En efecto, el hecho de que el argumento central del *Cautiverio feliz* entrara en conflicto con el poder dominante, parece ser la principal razón para que nuestro autor utilizara una serie de estrategias retóricas que no lo expusieran del todo. Entre estas, cabe destacar su esfuerzo por acreditar su condición de *vir bonus*, su explicitada pretensión de veracidad, hacer gala de su erudición –avalada por una serie de citas y referencias a autoridades filosóficas, teológicas y literarias–, el recurso de la *qualitas assumptiva* y la *remotio* –que buscaban dar cuenta de que el alzamiento indígena fue, en realidad, una respuesta a las situaciones de abuso impuestas por encomenderos y gobernadores–, y el uso del *exemplum*, a través del cual habría constituido a los indígenas como nuevos modelos de conducta (*exempla*) frente al reprochable actuar español. Cfr. Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, p. 28; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 29-30; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 274; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 6-7, 23-24 y 28; Dennis Pollard, “El caso del español bueno versus el español malo en *El Cautiverio feliz* de Pineda y Bascuñán”, en *Anales de Literatura Chilena*, vol. 2, n.º 2, Santiago, 2001, pp. 279-286.

¹³ Véase *Cautiverio feliz*, en especial II, 20.

¹⁴ En palabras de Néstor Meza, “el amor patrio movía a Núñez de Pineda y Bascuñán a la acción”, en: *La conciencia política*..., *op. cit.*, p. 108.

de Chile¹⁵, el porqué de las “dilatadas guerras”, y así emprender una acción conjunta para alcanzar una definitiva solución¹⁶.

Con todo, tampoco deberíamos tomar demasiado al pie de la letra las intenciones de nuestro autor, pues creemos que tras ellas podrían esconderse otros intereses menos evidentes por ser mucho más personales que lo que sugiere su explicitada búsqueda del “bien común”. Una parte de los especialistas, por supuesto, ya ha advertido esto, como Sergio Correa Bello, quien puso de relieve la finalidad política que Núñez de Pineda y Bascuñán se propuso alcanzar por medio de su acto de escritura: modificar su adversa realidad¹⁷—en otras palabras, obtener un rédito político y social—, concibiendo la

¹⁵ De acuerdo con Valeria Añón y Clementina Battcock, los textos del periodo que pretendían pasar por históricos ponían de relieve la idea de “lo real” como garantía de autenticidad para influir en la conciencia de los gobernantes y así reconvertir el lugar del subalterno en el espacio colonial. Esto exigía a los autores plantear un ordenamiento de los acontecimientos de tal forma que entregara explicaciones o causalidades de los mismos, aspecto que, en el caso de Núñez de Pineda y Bascuñán, además se veía reforzado por su condición de testigo y participante directo de los hechos narrados, esto es, por el valor de la experiencia de lo visto y lo vivido—experiencia personal que usa en respaldo de su consejo político—, lo que para Ángel Rojas cabría traducir como la elaboración de una denuncia desde abajo, y que Mario Rodríguez denomina un poder “arterial”. Para acreditar aún más la veracidad de lo narrado, nuestro autor tuvo el acierto de incorporar la memoria indígena a su relato—de ese modo no era solo él quien atestiguaba los hechos—, es decir, como parte importante de su argumentación se sustentaba en el conocimiento adquirido a partir de lo vivido, la necesidad de dialogar con otras voces se hizo todavía mayor. En tal sentido, Ángel Rojas no se equivoca cuando repara en la importancia de “que sean indígenas ancianos quienes tomen la palabra, son ellos quienes poseen la memoria frente a un Pineda que no es más que un muchacho de diecinueve años”. Véase: Valeria Añón y Clementina Battcock, “Las crónicas coloniales desde América: aproximaciones y nuevos enfoques”, en *Latinoamérica. Revista de estudios Latinoamericanos*, vol. 57, Ciudad de México, 2013, pp. 157-159; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 14, 18, 22, 26, 40-41 y 105-106; Mario Rodríguez, “Azar, pormenor, seducción y poder en *Cautiverio feliz*”, en *Revista Chilena de Literatura*, vol. 61, Santiago, 2002, p. 55; Goic, *Historia de la...*, *op. cit.*, pp. 373-374; Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, pp. 24-26 y 28; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 16, 18 y 21; López, “La memoria indígena...”, *op. cit.*, pp. 113-116.

¹⁶ Como ha sugerido Walter Mignolo, el intento de Núñez de Pineda “no es sólo contar (narrar una historia, la de su cautiverio), sino persuadir”. En: Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 100. Cfr. también Correa, *El “Cautiverio Feliz”*..., *op. cit.*, p. 81; Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, pp. 23-25 y 27; Castillo, “El discurso en el...”, *op. cit.*, p. 232; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 12, 17, 19, 23, 25 y 27; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 265; Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, p. 92.

¹⁷ Tanto los propósitos de nuestro autor como el tono y el sentido de su obra corren el peligro de hacerse ininteligibles si no se considera el contexto histórico en el cual discurrió su existencia. Así, el hondo malestar que deja traslucir en *Cautiverio feliz* se explicaría, primero que todo, en virtud del inestable y precario régimen hispano en la frontera del Bío-Bío, donde la tenaz resistencia del pueblo mapuche motivó periódicas rebeliones—1553, 1598, 1655— que pusieron en más de un aprieto la conquista de estas tierras, de tal modo que el relativo optimismo que caracterizó—pese a los contratiempos—la gesta española en el Reino de Chile durante el siglo XVI, cedió su lugar a un pesimismo de largo alcance y del cual no fue sencillo escapar producto de una acumulación de experiencias críticas, fuente de desencanto y hasta de desconcierto entre la población europea, pero que también motivó la emergencia de un sentido debate a lo largo del siglo XVII sobre la conducción política que los agentes directos de la Corona estaban exhibiendo en estas tierras. Una parte de la naciente sociedad criolla, disconforme con su postergación política y social como consecuencia de la privilegiada situación que aquí gozaban los funcionarios españoles, supo sacar provecho de estos reveses y los responsabilizó de la inacabable y difícil guerra de Arauco, dado su deficitario manejo en la conquista de este lejano rincón de América. De esta manera, no solo ofreció una explicación a la desconcertante prolongación de aquel conflicto, sino que canalizó su descontento al verter toda la culpa en los principales detractores de su ascenso político-social. Pues bien, en este contexto de tensiones y conflictos—propio, por lo demás, de

narración de sus aventuras como una estrategia textual para sustentar, ocultar, mantener y nutrir este asunto fundamental¹⁸. Esta conjetura es compartida por Raquel Chang-Rodríguez al afirmar que el deseo más elemental de nuestro cronista, era “hacer llegar al Rey su versión de la situación chilena y también de las injusticias que se han cometido con él”¹⁹, de modo que “su insistencia en la verosimilitud funciona como mecanismo de la estrategia del discurso del poder, pues presenta al autor como caballero ejemplar, leal súbdito de la Corona y recto escritor distinguido por la autoridad de su conocimiento”, enmascarando así sus reales intenciones, es decir, su

“ambición de poder [...]. El verdadero ‘blanco’ del libro no es explicar por qué se prolongan las guerras de Arauco, sino exponer la administración colonial que lo ha marginado

una sociedad que se hallaba en un incipiente proceso formativo— es que cabe inscribir la práctica escritural de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Es decir, además de la pobreza de la tierra, de su falta de minerales preciosos, de la inclemencia del clima y de la belicosidad mapuche —factores suficientes por sí solos para desestabilizar el ánimo de los conquistadores—, las penurias, esfuerzos y trabajos de los descendientes de los primeros españoles se han pronunciado, según nuestro autor, por los continuos alzamientos de la población indígena, por la pérdida de sus encomiendas y, en particular, por la pésimo desempeño administrativo de los funcionarios reales, todo lo cual no ha hecho sino diezmar todavía más la precaria situación de los habitantes del Reino de Chile, sobre todo de los criollos, que *sienten* que sus padecimientos han sido en vano como consecuencia de estos funcionarios recién llegados desde España, ya que han modificado el orden de las cosas, acaparando los privilegios que los criollos habían avizorado para sí, despilfarrando el tesoro de la Corona al dilatar una guerra que no son capaces de contener, ejerciendo de manera arbitraria el poder, y protagonizando diversas atrocidades contra los indígenas. Todo esto es denunciado por nuestro cronista a propósito de la narración de su cautiverio, de modo que su último objetivo habría sido dar a conocer esta lamentable situación para que la Monarquía hiciera algo en pos de una solución y, de hecho, él mismo se encarga —con subrepticia sutileza— de sugerirla: los criollos son los sujetos más idóneos y competentes para gobernar esta recóndita colonia en nombre de la Corona, y no solo porque eran los legítimos herederos de los primeros conquistadores, sino también por su acabado conocimiento de la realidad local, fruto de su larga y sacrificada experiencia como de su querencia por esta tierra. En verdad, el discurso de nuestro autor era más que un alegato en favor de su propio sector: tenía que ver sobremanera consigo mismo; su determinación a coger la pluma provenía de motivos aún más poderosos porque se derivaban de su personal contexto biográfico: él mismo se considera una “víctima” de los inoperantes funcionarios reales, quienes lo despojaron de las dignidades y cargos que merecía tanto por derecho como por méritos, lo cual se colige, en efecto, por el perjuicio que recibió de parte de los gobernadores Francisco Meneses y, en especial, de Antonio de Acuña y Cabrera, como también de los cuñados de aquel, José y Juan Salazar. Es más, incluso su padre, Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, por quien profesa una devota admiración y afecto, tuvo que tolerar la falta de respeto y consideración de parte del gobernador Luis Fernández de Córdoba Figueroa, quien despreció los “sabios” consejos de un veterano conquistador que había dejado su vida —y hasta su propia hacienda— para sujetar los esquivos territorios de la frontera mapuche. Por último, cabe recordar que nuestro autor, además de haber sido él mismo tomado prisionero en el alzamiento indígena de 1629 —nefasto episodio del cual se origina el argumento central del *Cautiverio feliz*, en una clara demostración de los vejámenes que ha debido soportar durante su leal servicio a la Corona—, con posterioridad perdió su hacienda y su encomienda debido a otro levantamiento mapuche, razón por la cual tuvo que viajar a Lima para que se remediara su difícil situación económica. Cfr. Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, p. 14; Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, pp. 89-91 y 102-103; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, pp. 267, 269-270, 272 y 275; López, “La memoria indígena...”, *op. cit.*, p. 112.

¹⁸ Cfr. Correa, *El “Cautiverio Feliz”...*, *op. cit.*, p. 117.

¹⁹ Chang-Rodríguez, “El propósito del...”, *op. cit.*, p. 663.

y desposeído de su autoridad, y que lo ha hecho viajar a Lima para mendigar merecidas recompensas²⁰.

EL *CAUTIVERIO FELIZ* COMO RESOLUCIÓN SIMBÓLICA
AL MALESTAR VITAL DE NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN

Estas ideas representan esfuerzos valiosos por trascender los datos y develar lo que tras ellos yace oculto, pero también creemos que han errado en su lectura de la fuente en cuestión. Desde nuestra particular perspectiva, postulamos que la posibilidad de que Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán buscara, a través de su obra, una recompensa personal que se materializara en una mejoría inmediata de su situación real era más bien escasa. Dicho de otro modo, el verdadero poder que encerraba su acto de escritura no tenía tanto que ver con el beneficio político-social que pudiese obtener de terceros –escenario bastante difícil dada la mordacidad con que criticó la dirección del régimen colonial–. Aquel acto, más bien, se trataba en sí mismo de su mayor recompensa: dejar por escrito su experiencia personal y ofrecerla como paradigma del servidor “ideal” a los intereses de la Corona era, en realidad, una manera de conciliarse consigo y resolver, desde la materialidad textual, su contradicción vital –un hombre íntegro y ejemplar, pero que tuvo una vida sufrida y, de acuerdo con su subjetiva visión, inmerecida–. La redacción del *Cautiverio feliz* le pudo brindar un consuelo al concebirlo y proyectarlo como una resolución simbólica de esta paradoja, y así apaciguar en algo su amargura, liberarlo del hondo malestar que corroía su espíritu producto de la frustración y rabia que le significó no haber sido todo lo que –según él– pudo y merecía ser. Esto pudo resultar decisivo para que nuestro autor sobrellevase mejor el resto de sus días, al tener, por una parte, la tranquilidad de que *su* verdad –que se encargó de presentar como *la* verdad indiscutida– no quedaría en silencio y, por otra, la esperanza de que la posteridad sí le brindase el reconocimiento que no recibió en vida. Su acto de escritura, en síntesis, más que una estrategia de promoción social concreta e inmediata²¹, se trató de un mecanismo psicosocial encaminado –desde sus propias y limitadas posibilidades– a la obtención de una mayor estabilidad emocional.

La clave, entonces, para una adecuada comprensión del contenido y sentido del texto de Núñez de Pineda pasa por un esfuerzo de sumersión hasta las profundidades de su mente, está en detectar el estado anímico²², el sentimiento que lo envolvía cuando

²⁰ Chang-Rodríguez, “Conocimiento, poder y...”, *op. cit.*, pp. 73-74.

²¹ Así piensa, por ejemplo, Sergio Correa, para quien el libro de Francisco Núñez de Pineda “es un reclamo insistente encaminado a obtener del poder público la satisfacción de sus necesidades particulares, que son en general las de los beneméritos”, en: *El “Cautiverio Feliz”...*, *op. cit.*, p. 104.

²² Ya Sergio Correa notó que esta obra expresaba, “fundamentalmente, un *estado de ánimo*; de allí arranca su singularidad”. Pero lo cierto es que solo hizo esta mención sin explayarse al respecto, dándonos la oportunidad, varias décadas después, de por fin desarrollar este aspecto clave para una nueva interpretación del *Cautiverio feliz*.

de soldado y cautivo se transfiguró en escritor. Ya hemos dicho que los móviles que lo llevaron a esta acción eran, además de políticos²³, esencialmente psicológicos, de modo que, por debajo de la “relación fiel de lo ocurrido” que representa el *Cautiverio feliz*, asoma una velada plataforma textual a través de la cual su autor “desbordó” sus emociones más personales, dejó de restringirlas y expresó lo que en realidad sentía: un profundo desengaño. No resulta extraño, por lo mismo, que la desilusión respecto a su sociedad, a su pasado inmediato y, por supuesto, ante su propio presente, acentuase la rememoración de su cautiverio en manos indígenas como un momento “feliz”.

En otras palabras, la obra de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán nos ilumina más sobre su particular percepción de la vida que sucede –siendo un hombre ya “viejo”– que del pasado que allí describe cuando era un joven soldado²⁴. En la redacción de su escrito, que finalizó, en efecto, a ya avanzada edad²⁵ –en 1673–, “el autor habla con más experiencia, conocimiento y también frustración de ver que la situación no ha cambiado en todos estos años, sino que va de mal en peor”²⁶. Según esta perspectiva, el rescate de la memoria mapuche, más que parte del argumento central, cabría visualizarlo como una estrategia retórica por medio de la cual su autor buscó sostener la acusación de que los españoles enviados por la Corona a estas tierras no estaban

²³ Véase Correa, *El “Cautiverio Feliz”...*, *op. cit.*, p. 11.

²⁴ Esto se hace palpable, por ejemplo, en el siguiente pasaje, en el cual nuestro autor pasa de hablar en pasado al presente de la enunciación: “colijo que siempre hemos sido el origen de nuestros males, por no haber sabido encaminar nuestras acciones a lo verdadero y cierto, que es Dios, a cuya causa la guerra de Chile ha de ser perpetua e inacabable, porque somos hoy peores que los primeros conquistadores en las maldades, en las traiciones e inhumanidades que usamos con estos pobres naturales”, en: *Cautiverio feliz*, II, 6.

²⁵ Hernán Díaz, *Memorialistas chilenos*, Santiago, Zig-Zag, 1960, p. 5.

²⁶ Castillo, “El discurso en...”, *op. cit.*, p. 230. Como ha sostenido Lucía Invernizzi, al querer “hacer patentes las verdades”, lo que buscaba nuestro cronista era dar “efectiva razón no solo de la dilación de las guerras de Chile y de la desmedrada situación en que se encuentran los soldados antiguos y los fieles servidores del rey, sino también del estado de deterioro y casi completa ruina, especialmente moral, en que se encuentra el reino de Chile en ‘estos lamentables tiempos’, que es el modo recurrente de aludir el enunciante al presente de la enunciación, tiempo indeterminado, ulterior a la ocurrencia de los hechos que se narran y, por indicios, posible de aproximar a 1673 en el que el autor termina de escribir su obra”. Véase Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, p. 19. Nicolás Martínez, por su parte, ha señalado que “el mismo autor fue lector de su propio texto, haciendo una serie de anotaciones y correcciones al margen del manuscrito, posiblemente hasta el final de sus días en el valle de Moquegua en 1680”, en: “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, p. 92.

administrando correctamente el conflicto²⁷ –ni tampoco su carrera política²⁸–. Vale la pena acotar que esta operación discursiva en que se “disfraza” el asunto central, “ocultándole con una exagerada descripción y acabado análisis de lo accesorio”²⁹, es expresivo de una *sensibilidad* que no era exclusiva de nuestro autor, sino propia de la cultura de su época³⁰ y que hizo posible, a su vez, la configuración de una estética acorde a ella, o sea, de una estética barroca³¹.

²⁷ Ya Roberto Castillo reparó en la manipulación de la figura del indígena por parte de Núñez de Pineda y Bascuñán. Aunque reconoce la admiración que aquel sentía por los mapuches –la cual, de hecho, habría potenciado su distanciamiento con los españoles–, da a entender que su texto estuvo lejos de ser un discurso indigenista al haber utilizado la imagen de los araucanos para respaldar su queja personal y, de paso, explicar las dificultades que padecían los habitantes en este lejano territorio del virreinato como consecuencia de la burocracia proveniente de España. Castillo determina que, tras esta operación que habría terminado por “disfrazar” la figura del indígena a partir de la recuperación de elementos bíblicos, clásicos y contemporáneos, lo que subyace es la insuficiencia del discurso criollo de poder legitimarse tan solo a través del conocimiento y la experiencia personal. Esto último se relaciona con una pregunta previamente formulada por Raquel Chang-Rodríguez: “¿podrá el criollo ejercer la autoridad facultada por su conocimiento?”. La interrogante se sitúa en el contexto de un espacio virreinal que requirió la participación de un sinnúmero de funcionarios para hacer sentir la presencia de la Corona en todo el territorio. Si al comienzo los cargos administrativos y militares fueron la causa de grandes tensiones entre los mismos peninsulares, con el paso del tiempo se convirtieron en un campo de interés y demanda de los criollos, tal como lo pone de manifiesto el caso de Núñez de Pineda y Bascuñán. Si bien la historiadora concluye que las posibilidades particulares del sujeto criollo se vieron obstaculizadas por el engranaje político colonial, esto hizo florecer en él una conciencia de marginación que le exigió rearticularse para acceder al poder que se le había negado y que creía merecer. Así pues, el hecho de que nuestro autor se exhibiese en la injusticia contra los mapuches habría sido parte de una estrategia por enmascarar sus propósitos reales –denunciar los males del Reino y obtener reconocimiento por sus servicios prestados al rey–. En la misma línea de estos autores, Ángel Rojas sostiene que “la decisión discursiva de Francisco Núñez de Pineda de incluir la voz mapuche en el *Cautiverio* es una estrategia retórica que sitúa las demandas personales como solicitudes compartidas con un colectivo, como el indígena, mucho más reconocible que el estrato de los criollos. En este sentido, el autor no pretende construir necesariamente una voz lingüística o étnicamente fidedigna, sino más bien una voz que resulte lo suficientemente comprensible para su interlocutor, el rey. [...] Por este motivo, el cautiverio funciona como una oportunidad pedagógica de trasvasije cultural y lingüístico desde lo indígena a lo criollo, pero sin un sentido reivindicativo de la alteridad, sino como instrumentalización para los fines del cronista”. Véase Roberto Castillo, *Cautelosas simulaciones: Pineda y Bascuñán y su “Cautiverio feliz”*, tesis doctoral, Cambridge, Universidad de Harvard, 1992, pp. 258-260; Chang-Rodríguez, “Conocimiento, poder y...”, *op. cit.*, p. 83; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 7 y 26.

²⁸ Cfr. Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, pp. 111 y 124.

²⁹ Correa, *El “Cautiverio Feliz”*..., *op. cit.*, p. 117.

³⁰ De ahí que, a lo largo del presente trabajo, se busque analizar la calidad de las emociones y los sentimientos en el contexto y los valores que sustenta la sociedad conquistadora, constreñidos por la pretensión de la “razón individual” que preside el discurso de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. No está demás señalar que esta insistencia en que las emociones son construcciones sociales situadas y que, por lo tanto, deben ser examinadas a la luz de sus contextos, ha sido el gran aporte que el construccionismo social ha ofrecido a las nuevas tendencias historiográficas abocadas al estudio de la vida emocional. Según esta perspectiva teórica, y como lo indica su mismo nombre, las emociones se construyen, es decir, se forman y conforman de acuerdo con la sociedad en la que operan; es esta, junto a su abanico de prácticas, normas, creencias y expectativas –sobre lo que se considera bueno o dañino–, la que determinará que ciertas emociones tengan mayor o menor cabida y expresividad. Al respecto, véase Barbara Rosenwein, “Worrying about emotions in History”, en *The American Historical Review*, vol. 107, n.º 3, Chicago, 2002, p. 837. De la misma autora: *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, Cornell University Press, 2006, pp. 14-15.

³¹ Como ha sugerido Sergio Correa, “La idea de Bascuñán de presentar sus razonamientos sobre la guerra de Chile envueltos en el relato de su cautiverio para así captar el interés y la atención del monarca y de sus consejeros, es, no cabe duda, una solución barroca”, en: *El “Cautiverio Feliz”*..., *op. cit.*, p. 119. Como este aspecto

Ahora bien, pese al énfasis que hemos puesto en el presente de Francisco Núñez de Pineda como escritor por ser, según nuestro parecer, una clave de lectura más apropiada en cuanto principio de inteligibilidad respecto al contenido y la intención de su obra, es innegable que su experiencia como prisionero en tierras mapuches marcó un antes y un después en su vida y significó una etapa de crecimiento personal, en la cual pudo adquirir un mayor conocimiento de sí gracias a su cercano encuentro con la otredad. Por tanto, en el examen de los sentimientos que movilizaron el acto de escritura de nuestro autor, vale la pena que primero nos detengamos a analizar la vivencia emocional que experimentó durante su cautiverio, ya que no cabe duda de que allí se decidió una parte importante de su personalidad.

CAUTIVERIO Y VIVENCIA EMOCIONAL

A modo de contextualización, es conveniente recordar que tras la muerte de su madre en 1614 cuando era un niño de entre seis y siete años de edad, su padre, el maestro de campo Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, lo internó en el colegio de los jesuitas que el padre Luis de Valdivia (1560-1642) había fundado apenas un año antes en la ciudad de Concepción, lugar en el que permaneció hasta 1623, es decir, por cerca de una década³², tiempo suficiente como para que adquiriese una sólida formación humanista que no solo lo aproximó al conocimiento de los clásicos grecolatinos, de las Sagradas Escrituras y de los Padres de la Iglesia, sino que también fue la base para su buen desplante en el arte de la retórica, dominio que es perceptible por el poder persuasivo que rebosa en su *Cautiverio feliz*³³. Es muy probable, asimismo, que su educación con los jesuitas haya despertado en él un incipiente indigenismo³⁴ que se fortaleció una vez que vivió en tierras mapuches y pudo conocer de cerca su modo de vida, si bien creemos que esta favorable predisposición cristalizó varios años después, fruto de la decepción y el desencanto que su propio mundo despertó en él.

No cabe duda, con todo, de que fue su experiencia como prisionero –la cual se prolongó por poco más de siete meses– una de las instancias más determinantes para que su percepción de la realidad sufriera una modificación radical³⁵, motivando en nuestro

se escapa a los objetivos de nuestro trabajo, no podemos explayarnos al respecto, pero para una aproximación actualizada del *Cautiverio feliz* como una obra de retórica barroca colonial, remitimos a Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, pp. 100-104.

³² “Mi amado padre [...] determinó sacarme de la clausura y colegios adonde desde edad de seis a siete años me había puesto; habiendo quedado de ese tiempo sin madre por habérsela llevado Dios, nuestro Señor, de este mundo”, en: *Cautiverio feliz*, I, 2.

³³ Véase Castillo, “El discurso en...”, *op. cit.*, p. 27; Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, p. 101; Mora, “Modalidades discursivas en...”, *op. cit.*, p. 154.

³⁴ Cfr. López, “La memoria indígena...”, *op. cit.*, pp. 112 y 122.

³⁵ Cfr. Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, p. 23; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, p. 25.

autor un cambio de creencias³⁶ que, a su vez, trajo aparejado un cambio en sus emociones. En efecto, según la teoría cognitivo-evaluadora de las emociones –que Martha Nussbaum ha elaborado a través de una resignificación del pensamiento estoico y aristotélico³⁷– existe una relación recíproca e inmanente entre creencias y emociones, ya que estas últimas –en cuanto parte constitutiva de los procesos cognitivos– dependen de las primeras³⁸; dicho de otro modo, el juicio que poseamos o la valoración que hagamos sobre cierto estímulo –ya sea una persona, objeto o circunstancia– condicionará nuestra vivencia emocional. Aristóteles decía, por ejemplo, que la creencia de haber sido objetos de un agravio inmerecido despertaría nuestra ira, de la misma manera que la creencia de que el sufrimiento de alguien es injusto podría activar nuestra compasión³⁹.

Por eso es plausible sostener que la alteración de las creencias que le reportó el cautiverio a Francisco Núñez de Pineda y Bascañán pudo conllevar un decisivo cambio en sus emociones, y decimos “decisivo” en una doble dimensión; por una parte, porque le habría permitido sobrellevar de mejor manera la estadía entre sus enemigos, de modo que el miedo que padeció cuando fue capturado tras ser golpeado, quedar inconsciente y despertar como prisionero de una comitiva mapuche en un lugar inhóspito y desconocido –razones suficientes para que creyese que sus captores guardaban perversas inten-

³⁶ Si al comienzo de su obra –refiriéndose a la batalla que tuvo lugar el 10 de abril de 1629 en la ciudad de Chillán, es decir, poco más de un mes antes de ser hecho prisionero– describió a los mapuches como “aves de rapiña”, que solo procuraban molestar a los españoles “con los daños que acostumbraban en sus malocas, entradas y salidas”, el cautiverio le hizo cambiar en poco tiempo su original percepción de ellos, de modo que un par de capítulos después se encargó de corregir esta apreciación a propósito del encomio que estaba ofreciendo sobre el cacique Lientur: “Con ventajas grandes manifestó este gentil su gentileza de ánimo en ser amigo verdadero, pues lo fue sin embarazos de intereses ni afectación de lisonjas, que ajeno de lo uno y de lo otro se hallaba para obrar con generosidad de ánimo y pecho valeroso. De esta calidad y naturaleza son los indios, que algunos llaman ingratos, desconocidos y traidores; cuando con ciertas experiencias y antiguos conocimientos podemos decir los que dilatados tiempos los hemos manejado [...] que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados”, en: *Cautiverio feliz*, I, 3 y 7.

³⁷ Véase Martha Nussbaum, *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*, Barcelona, Paidós, 2008.

³⁸ Frente al paradigma “clásico” o convencional de las emociones que las concebía como fuerzas automáticas e irracionales, como impulsos corporales apenas controlados por la mente humana –conocido como “teoría hidráulica” por suponer que las emociones eran una suerte de torrente que fluía dentro de cada persona esperando su oportunidad para liberarse y salir–, de un tiempo a esta parte ha ganado terreno una nueva conceptualización de las emociones que apuesta por su carácter cognitivo y, de paso, recupera así su vínculo con la razón. La teoría cognitiva, en efecto, las concibe como parte de un proceso de percepción y evaluación que, por lo mismo, niega en ellas un trasfondo irracional. En otras palabras, las emociones serían el resultado de juicios valorativos sobre el carácter perjudicial o benigno que pueda presentar alguna situación, persona, objeto o cualquier otra clase de estímulo según como lo perciba cada individuo, de modo que la variabilidad de apreciaciones sobre lo que es relevante o no para el propio bienestar –o malestar– es lo que explicaría, en último término, que acontezcan diversas emociones incluso en situaciones similares. Al respect: Rosenwein, “Worrying about emotions...”, *op. cit.*, pp. 821-836. De la misma autora, *Emotional Communities in...*, *op. cit.*, pp. 13-14.

³⁹ Aristóteles, *Retórica*, 1378a30 y 1385b13-19. También: Martha Nussbaum, “Aristotle on Emotions and Rational Persuasion”, en Amelie Rorty (ed.), *Aristotle's Rhetoric*, Berkeley, University of California Press, 1996, en especial p. 303.

ciones en su interior⁴⁰, suscitando en él otra afección negativa además del temor, como lo sería el odio hacia ellos—, poco a poco fue quedando atrás producto del buen trato que recibió de parte de los indígenas, hasta llegar a experimentar cierta serenidad que pudo ser crucial para sosegar su ánimo en aquellos difíciles momentos⁴¹. Por otro lado, porque el nuevo repertorio emocional que devino de la modificación de sus creencias tuvo un alcance moral; conocer de primera mano los vejámenes e injusticias que los españoles habían venido cometiendo contra los mapuches en el transcurso de la guerra de Arauco, despertó en él emociones que se experimentan con dolor en el espíritu, como la pena e indignación que solemos sentir cuando nos percatamos del sufrimiento ajeno e innecesario fruto de acciones contrarias a la virtud —provenientes, en el caso que estamos estudiando, nada menos que de la misma sociedad “cristiana” a la que pertenecía nuestro cronista, circunstancia que debió acentuar en él las emociones referidas—. Pues bien, la *reflexión* pormenorizada que desde aquel instante y a lo largo de toda su vida fue haciendo sobre estos asuntos —y sobre las *emociones* que los mismos le causaban— hizo florecer en él un *sentimiento*⁴² de compasión hacia el pueblo mapuche, sentimiento que lo movilizó a la acción y que se tradujo en la redacción del *Cautiverio feliz*, donde no solo denunció los atropellos a la dignidad humana de aquel pueblo, sino que hasta justificó la belicosidad mapuche como consecuencia de la violencia desmedida de los españoles y de las injusticias por ellos protagonizadas⁴³.

⁴⁰ Era tal el miedo que al principio sintió que, en un momento, renegó de sus orígenes, pues su padre era muy conocido entre los mapuches por sus servicios en defensa de la causa regia: “Considerándome preso y entre mis enemigos, se me vino a la memoria ser mayor el peligro y riesgo en que me hallaba, si me conociesen por hijo del maestro general Álvaro Núñez de Pineda, por el aborrecimiento grande que mostraban al nombre de Álvaro, y aversión que le habían tomado por los daños recibidos, y continuas molestias que de su mano tenían experimentadas; a cuya causa, habiéndome preguntado quién era y de dónde: respondí, ser de los reinos del Perú y haber poco tiempo que asistía por soldado en estas partes”, en: *Cautiverio feliz*, I, 6.

⁴¹ Así, por ejemplo, durante todo el tiempo que estubo en el rancho del cacique Colpoche, recibió una cálida atención como si de una visita ilustre se tratase: “me trajeron juntamente tres cántaros de chicha y un carnero, haciéndome la misma honra y cortesía que hacen a los principales huéspedes y caciques de importancia, como lo hicieron con mi amo: que ésta es la honra que acostumbran hacerse los unos a los otros”, en: *Cautiverio feliz*, I, 12.

⁴² He ahí la diferencia de dos términos que se confunden a menudo, emoción y sentimiento: mientras que la emoción es una manifestación psicofisiológica de un estado de la mente en un momento determinado ante un estímulo o circunstancia, el sentimiento implica una toma de conciencia de aquello que se siente; dicho de otro modo, es lo que se siente como consecuencia de una elaboración cognitiva y, en cuanto tal, se trata de una vivencia experiencial, aunque no tan intensa como las emociones, sí más sostenida en el tiempo. Al respecto: Daniel López Rosetti, *Emoción y sentimientos*, Buenos Aires, Planeta, 2017, pp. 56-59.

⁴³ Quizá la expresión más rotunda del contagio emocional que experimentó nuestro autor a partir de su interacción con los mapuches, al punto que lo llevó a comprender una acción que para cualquier otro occidental debía resultar inadmisibles, haya sido su intento por justificar el asesinato de dos religiosos de la Compañía de Jesús a manos del cacique Ancanamón. Según el testimonio de este último —que el cronista reproduce con lujo de detalle—, el padre Luis de Valdivia había enviado a un alférez —de apellido Mendoza— como embajador a sus tierras para concertar un tratado de paz, pero sucedió que este individuo, pese a la hospitalidad y el buen trato que el cacique le brindó durante todo el tiempo que permaneció en su casa, apenas tuvo la oportunidad raptó a sus tres mujeres y se las llevó al fuerte de Paicaví. El cacique fue tras los pasos de Mendoza, convencido de que los españoles, al tomar conocimiento del oprobio que sufrió a causa de la maliciosa acción del alférez, no solo devolverían las mujeres, sino que aquel recibiría un justo castigo. Pero lo cierto es que nada de

En realidad, develar esta “verdad” también era un mínimo deber de gratitud por parte de nuestro autor, pues durante todo el tiempo en que estuvo cautivo no fueron pocos los indígenas que advirtieron su sufrimiento y se compadecieron de su vulnerabilidad⁴⁴. Ya Gilberto Triviños advirtió que la redacción del *Cautiverio feliz* halla su razón en las memorias de un Núñez de Pineda y Bascuñán anciano que quiso retribuir el cuidado de sus captores por medio de la explicación de los atropellos y abusos sufridos a manos de los españoles⁴⁵. Esto último, de hecho, parece ser el principal motivo de la heterogeneidad en el actuar mapuche, pues muchos habrían visto con su captura una oportunidad para desahogar su rabia y sed de venganza contra la sociedad hispana. Con todo, parece razonable colegir que esta circunstancia, a la larga, habría contribuido a intensificar su sentimiento de gratitud hacia la población indígena, en particular hacia aquellos que, frente a los mapuches que deseaban su muerte, le ofrecieron sostén y cobijo⁴⁶, y qué me-

eso ocurrió; al contrario, los hispanos se mostraron indiferentes ante su profundo sufrimiento, acto de una terrible inhumanidad que no hizo sino amplificar su desconsuelo. Bajo ese cuadro emocional –pleno de dolor, cólera, angustia y frustración– regresó a su tierra, y allí se enteró de que en las cercanías se encontraban dos sacerdotes de la Compañía de Jesús enviados por el mismo padre que, en su imaginario, lo había engañado, de modo que el herido cacique fue a donde estaban y los mató. Tras reproducir la trágica vivencia de Ancanamón y acreditarla con otras pruebas –en específico, testimonios orales provenientes de antiguos soldados españoles–, nuestro autor se dirige a sus potenciales lectores y les pregunta: “¿Habrá uno que le culpe? [...] ¿Pudieron hacerle mayor agravio, ni ponerle lance de más vivo sentimiento que quitarle las mujeres? [...] Entre la mano cada uno en su pecho y medite el caso como es justo, y verá si es culpable la acción de este cacique o nuestra mala correspondencia”. Luego agrega: “No supe qué responder a razones tan ciertas y agravios tan conocidos como los que me refirió este cacique, más que decirle que su indignación había sido justificada y su venganza debida correspondencia a la que con él habían tenido”, en: *Cautiverio feliz*, II, 11 y 12. Véase también I, 12, donde comenta y aprueba las razones que le dio el cacique Colpoche para haber dejado de ser amigo de los españoles –como han de suponer–, producto de las vilezas y artimañas perpetradas por estos.

⁴⁴ Partiendo por el propio captor de nuestro autor, el cacique Maulicán, quien exhibió tal conmiseración por su prisionero que este no dudó en reconocérsela: “Muy bien muestra tu valor [...] y tu generoso pecho la noble sangre que encierra, pues ostentas piedades con clemencia en mis penalidades y desdichas, que ya no las tengo y por tales, cuando me ha cabido por suerte el ir debajo de dominio y mando”, en: *Cautiverio feliz*, I, 9. Compléméntese este pasaje con lo que luego enuncia en I, 11. Para otras muestras de apoyo, contención y hasta de protección por parte de diversos mapuches hacia nuestro autor –y que le reportaron no poco consuelo e, inclusive, lograron reducir su ansiedad en aquellos momentos tan complejos e inciertos–, véase I, 12, 14 y 17; II, 7 y 16-18.

⁴⁵ Cfr. Gilberto Triviños, “No os olvidéis de nosotros: martirio y fineza en *El Cautiverio Feliz*”, en *Acta Literaria*, vol. 25, Concepción, 2000, p. 82.

⁴⁶ Entre estos mapuches, especial mención merece el captor de nuestro autor, el cacique Maulicán, no solo porque en él halló certeza y seguridad gracias a la promesa de que contaría con su cuidado y amparo frente a otros indígenas que pedían su muerte, sino porque lo destaca como un sujeto con quien contrajo un lazo de fraternidad hasta el punto de confiarle su vida. La cercanía con la que Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán se refiere a la forma de hablar del cacique es expresiva del vínculo generado en cautiverio. El cronista acota que el semblante de Maulicán, al hablarle, era alegre y cariñoso, al paso que narra cómo lo abrazó entre lágrimas cuando le imploró su protección, llegando a ofrecer su propia vida en resguardo de la del cautivo, lo que denota cuán consciente estaba de los riesgos a los que por esta acción se exponía. Es decir, habría tenido el noble gesto de poner a disposición su lugar de privilegio a fin de asegurar la supervivencia del criollo y devolverlo sano y salvo a su padre. Algo similar cabe decir de otro líder indígena, Lientur, con quien también habría desarrollado una relación de cierta reciprocidad y complicidad. En síntesis, nuestro autor configura a estos insígnis guerreros como sujetos plenos de virtudes y dignos de confianza en quienes, además de encontrar

por que saldar esta deuda a través de un relato que, al priorizar la benevolencia y buen trato propiciado por algunos araucanos⁴⁷, apelaba a un giro más humano en la relación entre estos y los hispanos⁴⁸.

Por lo anterior, creemos que las emociones habrían tenido en este proceso un alcance moral, y la humanidad que rebosa el *Cautiverio feliz* podría deberse, en parte, a que este alcance se logra observar en todo su potencial, pues tanto el cautivo –como lo dejó demostrado una vez que emprendió su acto de escritura– como sus captores –durante la estadía del cronista junto a ellos– tomaron mayor conciencia de la fragilidad de la condición humana, se percataron de que la dignidad del “otro” estaba siendo menoscabada, y la percepción de este daño encendió su compasión, la cual, a su vez, los movilizó hacia un bien actuar que buscó revertir el dolor directa e indirectamente infligido; fue, en última instancia, un acto de humanidad.

Ahora bien, más allá de lo determinante que pudo ser la buena recepción que le brindaron sus captores, para mantener en alto la moral en aquellas complejas circunstancias, resulta destacable observar que nuestro autor poseía, en apariencia, una serie de soportes afectivos intrínsecos que resultaron igual de cruciales durante todo el tiempo que duró su cautiverio. Entre estos, mención aparte merece un sentimiento en particular: la esperanza, aunque para el caso de Núñez de Pineda y Bascuñán –en función de su profunda vivencia de la espiritualidad cristiana– sería más apropiado hablar de “fe”⁴⁹. Es cierto que en ocasiones no pudo evitar ser presa del pánico y caer en un envolvente desengaño⁵⁰, pero en general lo que se aprecia en él es un conjunto de vivencias emocionales sostenidas en el tiempo –que no se lograrían explicar a cabalidad sino desde la posesión de una inquebrantable fe–, tales como la confianza, la seguridad y la ilusión, todas

protección, pudo hallar consuelo y entablar una relación de dependencia marcada por los afectos y los buenos sentimientos. Para la descripción de Maulicán, véase *Cautiverio feliz*, I, 9 y 11.

⁴⁷ Sonia López se ha percatado de que en el *Cautiverio feliz* predomina una mirada etnocéntrica, como lo sugiere el hecho de que, en la elaboración de su relato, “Pineda y Bascuñán escoja a los caciques que más le interesan”. Según Ángel Rojas, “esta ‘selección’ de caciques que realiza el autor es con quienes desarrolla de manera más profunda y detallada una relación evidentemente fraterna y virtuosa que se condice con el propósito textual y político de plantear una visión distinta respecto a los indígenas”. En: López, “La memoria indígena...”, *op. cit.*, p. 118; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, p. 79.

⁴⁸ Esta conjetura se hace plausible a la luz del siguiente hecho: la mayor insistencia de los caciques cercanos a nuestro cronista dice relación con que, a su regreso, no se olvide del trato recibido durante su cautiverio y que se asegure de que los prisioneros indígenas tengan, como él, la posibilidad de experimentar una situación similar, o al menos que trate de reducir la crueldad a la que se veían sometidos por los españoles. Véase: *Cautiverio feliz*, V, 16.

⁴⁹ Cfr. José Promis, *La identidad de Hispanoamérica*, México, Ediciones de la Universidad de Guadalajara, 1987, pp. 118-121.

⁵⁰ Como cuando debió sortear una serie de peligros en su travesía a las tierras de Maulicán producto de la inclemencia del tiempo: “nos arrojamos –al agua– con pocas esperanzas de salir con bien de las corrientes rápidas del río, y yo sin ningunas, pues al entrar en ellas nos arrebataron de tal suerte y con tanta velocidad, que en muy breve tiempo nos desaparecimos los unos de los otros, y tan turbado mi ánimo y espíritu, que no supe si estaba en el agua, en el cielo o en la tierra [...]”. Cuando me vi fuera de aquel tan conocido peligro de la vida (que aun en la sangrienta batalla no tuve tanto recelo ni temor a la muerte), no cesaba de dar infinitas gracias a nuestro Dios y Señor por haberme sacado con bien de un tan rápido elemento”, en: *Cautiverio feliz*, I, 9.

ellas sensaciones positivas que gestionan de manera favorable la condición anímica⁵¹ y fortalecen la autoestima, al propiciar certezas que nos alejan de emociones negativas como el temor, la incertidumbre y la duda⁵². Por eso sostenemos que la fe fue una de las principales “armas” que el joven criollo tuvo a su alcance cuando careció de ellas; le brindó la fuerza, el valor y la motivación necesarias, tanto en términos psicológicos como espirituales, para continuar vivo y resistir el de por sí impredecible cautiverio en tierras indígenas⁵³.

Si la fe fue un soporte emocional imprescindible para que lograra superar con éxito su experiencia en cautiverio, propiciándole coraje, convicción, temple y un adecuado control del miedo, también hemos dicho que el proceso de sociabilización –en general positivo– que nuestro autor vivió bajo la tutela de la población autóctona, fue tanto o más importante para que su autoestima no se viera menoscabada, ya que promovió la generación de relaciones interpersonales en las que, además de intercambiarse mensajes, se comunicaron recíprocos afectos⁵⁴. El “cautivante” gesto de reconocer un rostro humano en el propio enemigo pudo asentar un entendimiento básico, si bien nunca completo dadas las insalvables diferencias en los marcos epistémicos entre el cautivo y sus captos-

⁵¹ Esto, a su vez, le trajo positivas consecuencias en su relación interpersonal con los indígenas, pues, como se “mostraba con ellos agradable y jovial en el semblante, gustaban de [su] comunicación y trato”, en: *Cautiverio feliz*, I, 14. Luego agrega en el siguiente capítulo: “Allegaron conmigo algunos de los muchachos que me acompañaron, que parece que con la comunicación y agradable semblante que les mostraba, se arrimaban a mí con voluntad y afecto”. Véase también el capítulo 17, donde esta vez es un mapuche quien entrevé la buena fortuna que podría acompañar al prisionero gracias a su apacible ánimo: “Capitán ¡amigo! No tengas tanta pesadumbre, ni te desconsoles de esta suerte, que tu [...] agradable semblante te ha de ayudar y ha de ser propicio para que con brevedad llegues a tu tierra”.

⁵² Cfr. López, *Emoción y sentimientos...*, op. cit., pp. 128-129.

⁵³ El siguiente pasaje es muy ilustrativo al respecto: “cuando con más gusto me hallaba en varios entretenimientos y ejercicios, cazando pájaros, corriendo perdices y a ratos ayudando a sembrar y a hacer chácaras a las mujeres, me sobrevino una pesadumbre y disgusto repentino; que no puede faltar la parábola del sabio, que en medio del consuelo está el pesar mezclado, y el llanto ocupa el lugar adonde parece que hay más alegría. Estando una tarde entretenido con los amigos y comarcanos de mi amo en una siembra de chacras, vino oculto un mensajero, [...] enviado de Colpoche, aquel indio, mi amigo, [...] significándonos la resolución con que estaban los caciques de la cordillera, nuestros enemigos, de venir a los ranchos de Maulicán una noche y maloquearlos por cogerme en ellos descuidado, y llevarme resueltamente a pesar de los suyos, y poner en ejecución su intento a fuerza de armas, para lo cual habían convocado más de doscientos indios [...]. Maulicán con su padre Llancareu [...] resolvieron [...] dejarme en el monte bien escondido y oculto y en parte adonde aunque me buscasen no diesen conmigo [...]. Gran consuelo recibí con haber reconocido en aquellos caciques natural afecto, y con resolución valerosa, grande arresto en mi defensa, con que se minoraban mis congojas, y mis aflicciones se hallaban desahogadas, y principalmente con la contemplación divina, poniendo mis esperanzas en quien es el dueño absoluto de las voluntades”, en: *Cautiverio feliz*, II, 16.

⁵⁴ Al comienzo de su cautiverio, por ejemplo, nuestro autor tuvo la oportunidad de escaparse, pero en lugar de ello retornó al alero de su captor, el cacique Maulicán. El gesto conmovió de tal manera al líder mapuche que este lo “empezó a abrazar y decir muy regocijado: capitán, ya yo juzgué que te habías vuelto a tu tierra; seas muy bien parecido, que me has vuelto el alma al cuerpo; vuelve otra vez a abrazarme, y ten por infalible y cierto, que si hasta esta hora tenía voluntad y fervorosa resolución de [...] mirar por tu vida, con esta acción [...] me has cautivado de tal suerte, que primero me has de ver morir a mí, que permitir padezcas algún daño. Y te doy mi palabra, a la ley de quien soy, que has de volver a tu tierra, a ver a tu padre y a los tuyos con mucho gusto. Gran consuelo recibí con las razones de mi dueño, mostrándome agradecido a sus promesas”, en: *Cautiverio feliz*, I, 9.

res⁵⁵, floreciendo así un sentimiento de “empatía”, esto es, la capacidad de ponerse en la situación del otro y, de este modo, comprenderlo. Lo cierto es que aquel sentimiento, en el caso de nuestro autor, fue haciéndose cada vez más profundo con el paso del tiempo, y no por haber mantenido una comunicación fluida con la población indígena y seguir de cerca su sufrimiento, sino porque vivió en carne propia actos de injusticia de parte de los mismos peninsulares que estaban llevando adelante la conducción de la guerra de Arauco.

EL ESTADO ANÍMICO DE FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN
AL ESCRIBIR *CAUTIVERIO FELIZ*: ENTRE DESENGAÑO, RABIA Y FRUSTRACIÓN

Lo que hemos querido decir es que compartir las mismas emociones y sentimientos de los mapuches, fue una aptitud que el cronista comenzó a cultivar durante su cautiverio, pero que internalizó a ya avanzada edad producto de su propio y personal derrotero vital⁵⁶; o mejor, las emociones de tristeza e ira que sintió al observar el sufrimiento grave e inmerecido de los indígenas, hechas más conscientes una vez que se vio a sí mismo víctima de un daño moral, no solo cristalizaron en un sentimiento de compasión, sino también de indignación. La evaluación de las circunstancias que a lo largo de su vida debió enfrentar como “injustas”, como peripecias que estaban afectando, además de la concreción de sus objetivos e intereses individuales, los de su grupo social de pertenencia —los criollos—⁵⁷, fue anidando en él resentimiento y frustración⁵⁸, afecciones emocionales que, por cierto, son lícitas de sentirse y expresarse cuando la situación lo amerita⁵⁹. Consciente de ello, Núñez de Pineda y Bascuñán desplegó, en el transcurso de su obra, todo un justificativo moral y religioso que canalizara y acreditara este males-

⁵⁵ De ahí, por ejemplo, el terror que nuestro autor sintió al presenciar el trance de un machi durante el ritual que efectuó para curar a un mapuche: “vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina oscura a modo de humareda, [...] y al instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba, como si fuese una pelota, y el tamboril a su lado de la misma suerte saltando a imitación del dueño, que me causó grande horror y encogimiento, obligándome a encomendar a Dios, que hasta entonces había estado con notable cuidado a todas sus acciones, y luego que vi aquel horrible espectáculo, tenido en aquel suelo, y el tamboril saltando solo juntamente con el dueño, se me angustió el alma y se me erizaron los cabellos, y tuve por muy cierto que el demonio se había apoderado de su cuerpo”, en: *Cautiverio feliz*, II, 19.

⁵⁶ Véase, por ejemplo, *Cautiverio feliz*, I, 11 y 13; II, 7 y 20.

⁵⁷ Véase, por ejemplo, Correa, *El “Cautiverio Feliz”...*, *op. cit.*, p. 104; Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, pp. 25-26 y 28; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 19-20; Martínez, “Prácticas de escritura...”, *op. cit.*, p. 98.

⁵⁸ Ya Stefanie Massmann sostuvo que, tras el ejercicio retórico de “dejar hablar” a los caciques para narrar el proceso de conquista y los atropellos cometidos contra su pueblo, lo que el cronista buscaba era, de manera solapada, realizar cierta homologación entre los sentimientos y sufrimientos indígenas con las consecuencias experimentadas por los soldados criollos. Véase Stefanie Massmann, “Casi semejantes: tribulaciones de la identidad criolla en *Infortunios* de Alonso Ramírez y *Cautiverio Feliz*”, en *Atenea*, vol. 495, Concepción, 2007, pp. 118-119.

⁵⁹ Véase López, *Emoción y sentimientos...*, *op. cit.*, pp. 69-72.

tar⁶⁰, erigiéndose a sí mismo como ejemplo de virtud en razón de su celo cristiano y de su “elevada” escala de valores personales.

De acuerdo con esto, el “alegato por el pueblo mapuche y su derecho a la defensa como una causa justa”, al igual que responsabilizar “de la situación de abandono de Chile a la existencia de un gobierno de extranjeros, cuyos representantes se caracterizan por la falta de condiciones éticas y morales”⁶¹, se hacen inteligibles, más que por una natural, desinteresada y casi proverbial postura indigenista⁶², a la luz de este punzante estado anímico⁶³; la compasión ante los mapuches, por una parte, pero sobre todo la rabia y el desencanto frente a su propia sociedad, fueron los sentimientos que movilizaron a Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán a su acto de escritura, y este malestar que sintió ya en su madurez pudo ser más determinante que su misma experiencia en cautiverio para ver con otro prisma la cultura mapuche⁶⁴, de modo que la evocación de esta etapa como un momento “feliz” tendría más relación con su difícil presente como escritor que como joven prisionero, el cual habría estimulado en él un recuerdo idealizado sobre aquella situación de su pasado y también sobre el grupo humano que lo capturó.

⁶⁰ Nos referimos a su crítica respecto a la codicia y abuso de poder con que los españoles estaban administrando los territorios. Crítica que no era circunstancial, sino que apelaba a la legitimidad misma del proyecto imperial, toda vez que su fundamento era el proceso de evangelización del que la monarquía debía hacerse cargo por ser la fe cristiana la base de su orden político. Así, a causa de esta injusticia y degradación moral, el sentir de nuestro cronista por el territorio chileno aparece configurado, en palabras de Luz Martínez, como “metonimia de la devastación”, volviendo a los articuladores del poder susceptibles de crítica y acusación. Véase: Luz Martínez, “Guerra y conciencia negativa en la construcción histórica del Reino de Chile”, en *Revista Chilena de Literatura*, vol. 98, Santiago, 2018, p. 47. Sobre la conquista espiritual del territorio y de sus habitantes como uno de los pilares del proyecto imperial español, de la mano a la denuncia que sobre el particular realiza Núñez de Pineda y Bascuñán, véase Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 27, 81, 95-97 y 101.

⁶¹ Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, p. 26. Véase también Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 20 y 24; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, pp. 269-270.

⁶² *Contra*: Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 271.

⁶³ A este respecto, no se equivoca Jan Plamper cuando afirma que las emociones pueden ser una categoría útil para el análisis histórico, pues, si son una manera de dar significado a la vida, a su vez pueden ofrecer un mejor conocimiento acerca del significado que los sujetos han dado al mundo social. Jan Plamper, “Historia de las emociones: caminos y retos”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36, Madrid, 2014, p. 27. Véase también José Javier Díaz Freire, “Presentación al dossier: Emociones e Historia”, en *Ayer*, vol. 98, n.º 2, Valencia, 2015, p. 13.

⁶⁴ Tal como se infiere de este pasaje: “aunque algunos –españoles– juzgan y presumen no ser tanta su valentía –del pueblo mapuche–, son los que han llegado a tiempo que no han podido experimentarla, ni participar de los violentos golpes de sus lanzas, por haberlos hallado quebrantados, [...] retirados adentro muchas leguas de nuestros ejércitos y poblaciones, que los que hemos continuado el perseguirlos y apretarlos (aunque a costa de nuestra sangre), los hemos puesto en estado miserable y trabajoso, para que los que vienen de refresco y a la continuación de esta conquista, juzguen de ellos lo que no han visto ni pensado, y no lo atribuyan a nuestro trabajo y desvelo [...]. Porque negar que es gente belicosa y de valor natura, no podemos dejar de confesarlo los que hemos experimentado sus arrestos y resoluciones en diversas ocasiones de batallas campales que se han ofrecido con nosotros, que podré asegurar de verdad, que en algunos reencuentros repentinos que nos han cogido sin prevención alguna, nos han puesto en conocidos riesgos y en apretados lances, siendo así que somos superiores a sus armas; [...] con que no son tan bárbaros como los hacen, tan crueles como los pintan, ni tan mal inclinados como juzgan los que no han experimentado sus tratos”, en: *Cautiverio feliz*, II, 7.

Escritura y memoria emotiva

Llegados a este punto, puede ser un ejercicio clarificador referirnos a la relación entre memoria y emoción, porque, a primera vista, podría parecer que el desengaño que Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán sentía frente a las circunstancias que habían decidido su adverso destino, lo motivó a proyectar una imagen tergiversada de su experiencia como cautivo. Es cierto que su obra posee una exageración retórica que pronuncia la falta de experticia política y de rectitud moral de los funcionarios reales recién llegados, y parece evidente que esta caracterización negativa del estamento español estaba influenciada por su particular presente como criollo y escritor⁶⁵. Sin embargo, sería inapropiado considerar que su posterior vivencia emocional no hizo sino distorsionar sus recuerdos de cautivo. Más bien, sostenemos lo contrario: la empatía que se generó en nuestro autor durante su cautiverio —una vez que tomó conciencia del sufrimiento mapuche—, con el tiempo dejó de ser solo un pensamiento hipotético y pasó a ser una experiencia real —al sufrir en carne propia un daño moral similar al observado en los indígenas como consecuencia, por lo además, del mismo agente—, activándose en él una “simpatía extendida” hacia este pueblo que, en último término, lo que hizo fue “refrescar” su memoria, traer a ella vívidos recuerdos de lo que vio en tierras mapuches cuando era un joven prisionero, si bien tampoco podemos olvidar que en toda acción rememorativa cumple un rol importante la imaginación, la cual aporta densidad e intensidad a la experiencia emocional recreada en los recuerdos⁶⁶.

Por otra parte, es un hecho que el cautiverio de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán en tierras indígenas se vio atravesado por una vivencia intensa de sus sentimientos y emociones. En otras palabras, el impacto emocional que experimentó durante los siete meses en que estuvo prisionero debió ser tan fuerte que acaso marcó —y posteriormente estimuló— la memoria de nuestro autor y dejó en ella una huella indeleble, donde quedó grabado el qué, el cuándo y el dónde, es decir, no solo los hechos, sino el contexto general en que estos se inscribieron. En fin, las fuertes emociones que allí vivió reforzaron el almacenamiento de esta aventura —que, más bien, se trató de un traumático evento— en sus recuerdos, y esta misma memoria emotiva fue la que lo facultó para recrear con in-

⁶⁵ Afirma en consecuencia nuestro autor: “en el decurso del tiempo que he continuado el servir a S. M. en esta guerra de Chile, he experimentado que algunos alborotos y alzamientos que ha habido en las fronteras, se han originado todos por malos ministros y gobernadores codiciosos, sin temor de Dios ni respeto a la justicia ni a los mandatos del Rey N. S., pues no se saben ajustar a sus reales cédulas tan bien ordenadas y dispuestas; y en alguna manera los disculpo, porque como se salen con todo lo que intentan, y con cuanto hacen, sin que sea ni haya visto algún ejemplar castigo en semejantes ministros, no es mucho que no teman la justicia de Dios ni de la tierra, y que vengan unos peores que otros, y lo pague el pobre reino con hallarse cada día en peor estado, y engañados los consejos con informes falsos, que también lo paguen los leales vasallos de S. M., y aun su real patrimonio, pues se lo están gastando conocidamente en sus particulares intereses, más que en los aumentos y progresos de la guerra”, en: *Cautiverio feliz*, II, 20.

⁶⁶ Cfr. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, FCE, 2000, en especial cap. I: “Memoria e imaginación”, pp. 21-79.

usitada precisión los detalles ambientales de los lugares que conoció, las circunstancias que vivió, el perfil humano de sus captores, entre otros. Que Núñez de Pineda y Bascuñán emprendiera su acto de escritura en una situación anímica parecida a la que observó que sentían los mapuches, quizá no hizo más que facilitar sus recuerdos del cautiverio, pues le permitió traer al presente los hechos —y los detalles del contexto de esos hechos— que quedaron grabados en su memoria gracias, en particular, a las emociones que en aquel entonces experimentó⁶⁷.

La disonancia cognitiva entre expectativas y realidad

Una vez más nuestro análisis nos ha llevado a la historia personal de Francisco Núñez de Pineda no tanto como cautivo sino como escritor, época en la cual las propias injusticias por él padecidas le permitieron “sintonizar” mejor con el universo afectivo del pueblo mapuche hasta, quizá, alcanzar una consonancia emocional⁶⁸ con aquel. Para que esto sucediera, el autor del *Cautiverio feliz* tuvo que pasar por un trauma psíquico similar —de acuerdo con su valoración subjetiva de la realidad— al que observó que sufrían los indígenas, pues si estos habían sido víctimas de los excesos y atropellos cometidos por los funcionarios peninsulares, nuestro cronista no se quedaba atrás por sentirse igual de vulnerable a sus arbitrariedades. Con todo, es probable que lo que más doliera y afectara su ánimo no fuera este “repudiable” actuar proveniente de los directos representantes del poder central para con los criollos e indígenas, sino la inercia de la misma Corona ante estos actos de injusticia⁶⁹, indiferencia que pudo ser una experiencia

⁶⁷ Cfr. Elizabeth Phelps, “Human emotion and memory: interactions of the amygdala and hippocampal complex”, en *Current Opinion in Neurobiology*, vol. 14, London, 2004, pp. 198-202; López, *Emoción y sentimientos...*, *op. cit.*, pp. 51-56.

⁶⁸ Para este concepto remitimos a Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, 2009, esp. pp. 71-75.

⁶⁹ Ya en su exordio esboza una indirecta —pero no por eso menos severa— crítica al monarca de aquel entonces, Carlos II (1661-1700): “¡Oh! Cómo se deben echar de menos aquellos antiguos tiempos, cuando los escritos ociosos, fantásticos, quiméricos y fabulosos hallaban príncipes superiores que los sepultaban, y con severidad majestuosa castigaban a sus dueños, y las verdades las colocaban en su merecido asiento! Hoy acontece tan al contrario, que tengo por sin duda que por verdadero que quiera el historiador en memoria lo sucedido, le ha de sobrar el temor y acobardarle el recelo de verse por verdad aniquilado y abatido”, en: *Cautiverio feliz*, I, 1. Por lo demás, el solo hecho de que Núñez de Pineda y Bascuñán haya recurrido al recurso de la *qualitas assumtiva* y la *remotio* para dar cuenta de que el alzamiento mapuche se debió a las situaciones de abuso a las que este pueblo había sido sometido y que, por tanto, su alzamiento no fue más que una respuesta a las condiciones reprobables instauradas por gobernadores y encomenderos, nos habla de lo consciente que estaba del fracaso de la misión evangelizadora y civilizadora de la Corona. Eso parece explicar, en parte, la siguiente peculiaridad del *Cautiverio feliz*: aunque en ningún momento se culpa al monarca por el estado del Reino de Chile, tampoco se lo elogia, lo cual solía ser la tónica entre las crónicas referentes a las Indias. Esto lleva a Ángel Rojas a concluir que “el texto de alguna forma expone al rey y lo insta a tomar una decisión: ser o no consecuente con el modelo de Cristo como rey, pues en el caso de Chile no lo ha sido. Incluso la existencia de una legalidad paralela en que los letrados y la clase dirigente interpretan y mal utilizan las leyes para legitimar su codicia y sus intereses particulares han terminado por carcomer a la monarquía cristiana y enfermar gravemente a Chile”, en: Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, p. 24. Respecto a las estrategias retóricas comentadas al inicio de la nota: Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, p. 25.

devastadora para él, pues, ¿cómo era posible que los reyes de España se “olvidasen” de sus leales y serviciales vasallos que estaban dejando su vida por afianzar la conquista de América? Tal “muestra de ingratitud”⁷⁰ por parte de la Corona debe haber sido uno de los principales factores para que se desencadenara en Núñez de Pineda y Bascuñán un fuerte sentimiento de desengaño.

Ahora bien, es notable el esfuerzo de nuestro autor por evitar que su crítica aparezca dirigida a la Corona. Incluso, hasta la excusa de su desinterés⁷¹, se habría originado por culpa de aquellos funcionarios advenedizos que, afanados solo en obtener lucro personal, no habían hecho sino desinformar al rey⁷². Por supuesto, esta precavida actitud del autor en cuestión ha sido contemplada por la crítica como una estrategia discursiva tanto para desacreditar todavía más a los representantes del poder central como para no despertar la cólera de la autoridad regia en su propia contra⁷³. Sin embargo, desde nuestro enfoque creemos que el cronista pudo tener otra razón para encubrir la desatención de la monarquía, una razón más de “fondo”, quizá proveniente de su inconsciente; la negligencia de la Corona frente a los desaciertos y las malas acciones cometidas por sus re-

⁷⁰ Véase Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, pp. 275-276.

⁷¹ Ya Dennis Pollard subrayó el hecho de que en el *Cautiverio feliz* jamás se culpa al monarca por la situación política del reino. La distancia geográfica entre la corte hispana y el territorio chileno justificaba su ignorancia sobre la verdad de la guerra y lo eximía de responsabilidad, desplazándola hasta los funcionarios coloniales nombrados por él, habida cuenta de que, sus vicios, habían impedido el ejercicio de la justicia por parte del rey. Esta línea argumental es seguida por José Mazzotti y Mario Rodríguez, para quienes en ningún caso se puede hablar de un cuestionamiento directo al monarca, toda vez que en el *Cautiverio feliz* ni siquiera se alude a un decaimiento de su poder ni ejemplaridad. En realidad, no es que el ejercicio del gobierno por parte de su majestad fuese injusto, sino que solo carecía de un adecuado conocimiento de los sucesos en estas latitudes – sobre todo de la desidia de sus representantes–, desconocimiento que nuestro autor pretendía suplir y corregir. Véase Pollard, “The king’s justice...”, *op. cit.*, p. 123; José Antonio Mazzotti, “Introducción”, en José A. Mazzotti (ed.), *Agencias criollas: la ambigüedad colonial en las letras hispanoamericanas*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, pp. 7-33; Rodríguez, “Azar, pormenor, seducción...”, *op. cit.*, pp. 39-60.

⁷² Acusa, en particular, al carácter falaz y lisonjero que –según él– poseían las crónicas, relaciones e informes que los funcionarios españoles hacían llegar al rey: “Algunos escritores de historia de este reino he leído, y examinado sus letras con cuidado, y los más o todos se encaminan a culpar a estos naturales de traidores, de varios e insolentes; y he reconocido en algunos que son llevados de la adulación y mentira, deseosos de apoyar las acciones de los que gobiernan; otros son movidos de su propio interés, que le tienen en alabar y engrandecer a quienes se lo pagan, y también a los que son deudos y parientes sin haber asistido en las fronteras de guerra cuatro días; y los más historiadores se sujetan a la pasión común que contra estos infieles manifiestan los menos experimentados, y así sus escritos [...] no todas veces son ciertos, ni se ajustan al hecho de la verdad. Y aunque tengo por sin duda que han cometido grandes maldades y temerarias insolencias, sólo estas insinúan y agravan, y no he visto que alguno haya examinado las causas y fundamentos que han tenido para haberlas de poner en ejecución”, en: *Cautiverio feliz*, II, 12 y véase también I, 1; II, 10, 12, 17, y *supra*, nota 58. Por otra parte, el hecho de que nuestro autor justificase la falta de voluntad del rey en virtud del ocultamiento de la verdad por quienes tenían nada menos que la misión de representar su autoridad en América, hacía de su práctica escritural no solo un acto informativo-denunciatorio, sino además una ostensible muestra de lealtad apuntalada por el consejo que le pretendía obsequiar. Respecto a esto último, cfr. Arndt Brendeke, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid & Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2012, en especial cap. VI: “El saber en el *setting* del dominio colonial”, pp. 253-305.

⁷³ Cfr. Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, p. 27.

presentantes debió generar una tensión demoledora en su interior, suscitó una desarmonía en su sistema de creencias, pues las expectativas que poseía sobre la dignidad regia —una institución que tenía como irrenunciable misión encarnar el modelo de gobernante que era Cristo Rey—, entraron en conflicto con la realidad, donde la monarquía no daba ninguna señal por corregir las injusticias y atropellos que aquí se estaban perpetrando contra la dignidad humana de sus leales súbditos, una actitud que era muy poco coherente respecto a la conducta que se esperaría de un verdadero príncipe cristiano⁷⁴.

Lo que queremos decir, en definitiva, es que recriminar a los peninsulares de mal informar al rey y, por extensión, adjudicarles toda la responsabilidad de la situación de deterioro en que se encontraba la frontera sur del reino de Chile⁷⁵, fue una especie de resolución simbólica a su disonancia cognitiva⁷⁶; a través de esta elaboración estratégica de su mente pudo sobrellevar lo que en su corazón debió ser una idea inquietante e insoportable y así, quizás, aminorar en algo su desconsuelo y desengaño. Esta perspectiva centrada en la estima y devoción del autor por la Corona se corrobora a la luz de un hecho que ya fue constatado por Stefanie Massmann: que el *Cautiverio feliz* sugiriera la posibilidad de construir un orden distinto en ningún caso habría significado que pretendía subvertir el diseño colonial existente, por lo demás ya firmemente implantado. En efecto, en su escrito no hay indicio alguno de una renuncia a la herencia hispana ni a sus valores. Más bien, lo que se observa es un súbdito cristiano muy consciente de su condición que, en su aprecio como tal, en todo momento se habría mantenido fiel a la monarquía⁷⁷.

La redefinición del cautiverio como sublimación de la propia existencia

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán se sentía descontento con su realidad y desencantado con su sociedad; estaba convencido de que su vida posterior al cautiverio se había desarrollado “entre incomprendimientos, pobreza y situaciones injustas”⁷⁸. Si a esto añadimos que su obra la escribió en la madurez de su existencia, es probable que, a

⁷⁴ De acuerdo con Dennis Pollard, la reacción antimodernista de principios de la Edad Moderna que tuvo lugar en las cortes católicas dio espacio a la propagación de un gran número de tratados de raigambre medieval: los espejos de príncipe, a través de los cuales se buscaba establecer las cualidades que debía poseer un buen gobernante en función de las virtudes cardinales. En el caso particular del *Cautiverio feliz*, y pese al importante papel que aquí tiene el consejo de su autor sobre la conducción política del reino, no sería un tratado del estilo *De regimine principum*, ya que estos consejos aparecen de manera desperdigada e intercalada con los sucesos del cautiverio. Con todo, eso no impide reconocer que nuestro cronista sí se decanta por una virtud en específica: la justicia, elevándola como la mayor de las virtudes por medio de una concepción bíblica y cristiana que adquiere pleno sentido en la situación de Chile. Véase Pollard, “The king’s justice...”, *op. cit.*, p. 115.

⁷⁵ Véase *Cautiverio feliz*, en especial I, 6-7 y 11-13; II, 14-15 y 20.

⁷⁶ Para este concepto, remitimos a Leon Festinger, *Teoría de la disonancia cognoscitiva*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975.

⁷⁷ Cfr. Massmann, “Casi semejantes: tribulaciones...”, *op. cit.*, p. 122. Para una opinión similar: Triviños, “No os olvidéis...”, *op. cit.*, pp. 81-100.

⁷⁸ Fernández, *Historia de la...*, *op. cit.*, p. 96.

esas alturas, pensara que era casi imposible cambiar el curso de su destino. Pero ante la incertidumbre de poder modificar su adverso presente y hacer del futuro un porvenir, le quedaba al menos una opción: resignificar su pasado y, a través de esta operación, reconciliarse con su historia vital.

El conflicto interior que le pudo suscitar no haber logrado todo lo que soñó e imaginó que llegaría a ser —o al menos no haber obtenido las recompensas que creía merecer por sus antiguos servicios a la Corona⁷⁹—, lo resolvió no sin una importante cuota de ingenio al decidir narrar una situación de por sí deshonrosa y amarga —su captura por los mapuches y su estadía junto a ellos como prisionero—, pero invirtiendo su alcance negativo. En efecto, elevó la descripción de los eventos allí ocurridos casi a una especie de relato auto hagiográfico, dado que el cautiverio le habría reportado una instancia de aprendizaje y crecimiento personal en la que pudo probarse a sí mismo de todo lo que era capaz, incluso aunque fuese en las circunstancias más hostiles. Dejar registro de estos hechos, en fin, era una manera de demostrar su heroísmo y su entereza moral, por lo que detrás de su ejercicio retrospectivo se escondía, en realidad, una apuesta prospectiva: ofrecer su ejemplo vital como la solución a los problemas que estaban complicando la conquista definitiva de estas tierras. Plasmar en el papel esta redefinición elogiosa de sí mismo, junto a la convicción de que, a su debido tiempo, la posteridad sabría apreciar su existencia histórica y darle la trascendencia que no mereció en vida, pudo neutralizar en algo su frustración, y así recobrar una mínima estabilidad en su vida emocional.

Bajo esta perspectiva, la “feliz” reminiscencia de su cautiverio no solo se explica como consecuencia de una idealización de su pasado en virtud de su complejo presente, ni tampoco como una mera estrategia retórica para amplificar la negativa imagen de los representantes del rey frente a la “bondad natural” del pueblo mapuche⁸⁰. Junto a ello, parece haber consistido en un mecanismo psicológico de autodefensa que nuestro autor puso en marcha para revertir la deshonra que, a final de cuentas, significaba haber perdido una batalla, ser tomado prisionero por el enemigo, y que la propia vida quedase a su entero arbitrio⁸¹. Esto nos indica que también otro sentimiento movilizó el sentido y propósito del texto: la vergüenza, gatillada por una situación donde el desenvolvimiento de nuestro autor no logró estar a la altura de lo esperado.

En realidad, y de acuerdo a su descripción del encuentro en el estero de Las Cangrejeras (ca. 1629) —entre unos doscientos españoles y más de mil indígenas, con un resultado desastroso para los primeros—, era casi imposible que pudiera salir airoso, pero esto no quita que tal circunstancia lo expusiera de forma negativa ante la mirada crítica de los demás, llegando a sentir un conjunto de sensaciones emocionales dolorosas

⁷⁹ Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 268.

⁸⁰ Según Sonia López, el hecho de que el *Cautiverio feliz* diera cuenta de la inclinación de los mapuches hacia el cristianismo, en cierta medida venía a cuestionar la validez misma de la guerra, en “La memoria indígena...”, *op. cit.*, p. 113.

⁸¹ Para la visión del cautiverio como una experiencia deshonrosa, cfr. López, *op. cit.*, p. 112.

al estar relacionadas con el descrédito social, tales como la infamia, el deshonor y la humillación. Haber sido herido en combate –con una lanza en la muñeca derecha, para luego ser derribado con un mazazo que no alcanzó a matarlo– podía ser aceptable, pero ser hecho prisionero era un verdadero ataque al orgullo. Por lo mismo, no sería extraño que este sentimiento de vergüenza lo haya experimentado con un contenido vivencial intenso, y quizá fue hasta sostenido en el tiempo, ya que el hecho vergonzante siempre tiene una repercusión intrapsíquica; es el grupo de pertenencia de la persona afectada el que previa y contemporáneamente ha impuesto las pautas sociales que condicionan los motivos que pueden desencadenar este sentimiento⁸², por lo que es probable que trajera aparejado una disminución de la autoestima de nuestro autor.

Esta perturbadora vivencia emocional sugeriría que la evaluemos como un sentimiento de orden negativo, pero lo cierto es que no tiene por qué ser así; Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es un buen ejemplo de lo que queremos decir: supo canalizarlo y procesarlo de tal manera que resultase funcional a su propio bienestar en el mundo relacional⁸³. En otras palabras, invirtió el significado de lo que en principio era una vergonzante situación al reconsiderarla como una excepcional ocasión, en la que, de hecho, logró desenvolverse con altruismo, tal como lo expresa el apostolado que llevó a cabo durante su cautiverio en tierras mapuches. La resolución simbólica es categórica: la deshonra de esta experiencia no habría sido tal, pues fue el cautivo quien, a la larga, conquistó a sus captores con la persuasiva fuerza de su religión⁸⁴. Una gesta de tal magnitud no podía sino difuminar el vergonzante hecho de haber sido tomado prisionero, y el énfasis que nuestro autor puso en su salvífica misión le permitió, de algún modo, mitigar este trauma y recobrar su autoestima.

En verdad, este no fue el único momento de su vida que revistió de un nuevo significado; más bien, lo concibió como una especie de “eje axial” a través del cual lo que trataba de redefinir era su global identidad psicosocial y, en torno a este esfuerzo, es que desarrolló el argumento del *Cautiverio feliz*, una obra donde “textualizó” el valioso bagaje “de sus innumerables sufrimientos y desdichas”⁸⁵, pero no con el mero afán de solo lamentarse sin la más mínima intención de salir de su amargura, sino para hacer

⁸² Esta situación es lo que Peter y Carol Z. Stearns llamaron “emocionología”, definiéndola como las “actitudes o estándares que la sociedad, o un grupo determinado dentro de ella, mantiene en torno a emociones básicas y su expresión adecuada; formas mediante las cuales las instituciones reflejan y alientan estas actitudes en la conducta humana”, en: Peter Stearns y Carol Zisowitz Stearns, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, en *The American Historical Review*, vol. 90, n.º 4, Bloomington, 1985, p. 813. Véase también el comentario que sobre este concepto realiza Barbara Rosenwein en “Worrying about emotions...”, *op. cit.*, pp. 824-825.

⁸³ Cfr. López, *Emoción y sentimientos...*, *op. cit.*, pp. 131-133.

⁸⁴ Al respecto, véase *Cautiverio feliz*, en especial II, 6. Este autoconcepto de laico comprometido con su fe cristiana, cuya piedad y celo religioso lo llevaron a convertirse en “apóstol” de los mapuches, ha tenido poca aceptación en la literatura crítica posterior. Para un ilustrativo ejemplo, véase Gabriel Guarda, *La Edad Media de Chile. La historia de la Iglesia desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé, 1541-1826*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2016, pp. 246-248.

⁸⁵ Ángel Custodio González, *El Cautiverio feliz de Pineda y Bascuñán*, Santiago, Zig-Zag, 1948, p. 33.

un uso efectivo de su “derecho de réplica”, explicándose a sí mismo —y, por supuesto, a los demás— que su marginación de la estructura social del sistema colonial había sido injusta e inmerecida. De paso, esto también era una manera de manifestar que sus sentimientos de rabia y frustración sí eran justificados, lo que nos invita a pensar que su apreciable esfuerzo por demostrarlo pudo estar orientado a estimular la comprensión y condolencia de sus potenciales lectores para con él.

En este sentido, ya el argumento central del texto ofrecía un adecuado “marco” desde el cual apelar a las emociones de su eventual audiencia, toda vez que el cautiverio constituía una experiencia límite donde ser prisionero implicaba afrontar una serie de desafíos morales y vitales, como el hecho de quedar a merced de líderes enemigos que podían poner en vilo nada menos que la posibilidad de continuar con vida. La experiencia de ser cautivo en la guerra de Arauco era, en otras palabras, un relato emocionante porque permitía mostrar lo complejo que significaba habitar este espacio a nivel de las relaciones entre los sujetos coloniales. Y por más que el título de la obra anticipe lo “feliz” que resultó para el cronista la interacción con la población indígena⁸⁶, no debemos olvidar que este vínculo osciló entre la protección y el deseo de darle muerte⁸⁷.

A la luz de lo antedicho, adquiere más sentido el afán del autor por hacer de su acto de escritura una sublimación de su existencia, y lo notable de este ejercicio reivindicativo es que lo ejecutó a partir de un hecho, como ya hemos dicho, deshonroso. Astuta manera de sellar el “giro” de su narrativa identitaria y así purgar su propia imagen, despejando cualquier duda que pudiese haber quedado sobre su condición de vasallo ejemplar y fiel al rey. No sorprende, de este modo, que el relato de su aventura como joven prisionero adquiriera, a ratos, los rasgos de un panegírico, claro que en su caso la alabanza no viene de terceros sino de sí mismo⁸⁸; *grosso modo*, podríamos decir que Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán se autodescribe como una persona “buena”, expresión que cabe dimensionar en su más profundo sentido, esto es, como alguien

⁸⁶ A lo largo de toda su narración el autor trae a colación múltiples experiencias —desde situaciones privadas a ceremonias públicas, desde fiestas a parlamentos militares— que dan cuenta de la estrecha relación que desarrolló con los líderes mapuches como consecuencia de la fascinación y encanto que su personalidad —sumada a su juventud— generaba en ellos. Quizá la expresión más acabada de lo fuerte que podía llegar a ser este vínculo aparece hacia el final del texto, cuando el cacique Tureupillán le reprocha al prisionero su afecto por otro indígena, el cacique Quilalebo. Esta situación moviliza al autor a responder con cierto deleite la queja de Tureupillán, reconociéndolo como un “padre” en quien supo encontrar consuelo, además de confesarle que tanto las acciones como los favores que aquel le ofreció yacen “esculpidas” en su alma —es decir, que su recuerdo será imperecedero por la importancia y valor que para él tiene su persona—, todo lo cual es indicativo de la profunda amistad que entre ambos floreció. Al respecto, véase *Cautiverio feliz*, V, 5.

⁸⁷ Como bien ha destacado Ángel Rojas, “lo interesante del texto es que Pineda no presenta el sentir indígena de manera homogénea. Hay algunos que desean y expresan de manera contundente el deseo de matar al criollo justamente por el mismo motivo que lo salva, ser hijo de quien es [...]. La inclusión de esta pugna al interior de los caciques e indígenas [...] contribuye a generar una tensión más novelesca al relato y pone a Pineda en una posición límite sobre su propia vida frente a una masa iracunda, deseosa de venganza a través de gritos y enarbolando sus armas”, en “*Nuestro afligido reino*” ..., *op. cit.*, pp. 71-72.

⁸⁸ Véase, por ejemplo, los siguientes capítulos de *Cautiverio feliz*: I, 2, 7, 9-12 y 14-17; II, 6-7, 10, 18 y 20.

que no actúa motivado por intereses personales sino colectivos –en concreto, como un hombre cuyas acciones están orientadas a lograr el “bien común”–, que lo único que quiere es ver a su querida tierra libre de la situación de desmedro en la que se encuentra; un soldado valiente y servicial, dispuesto a dar su vida en defensa de la causa de la Corona; un hombre alejado de las pasiones y ferviente cristiano que, como tal, asume la defensa del pueblo mapuche; un escritor recto y honesto, pues lo que dice está basado en la autoridad de su experiencia y de su conocimiento; en definitiva, un poseedor indiscutido de las condiciones éticas y morales que, según él, tanto carecían los representantes del poder central, individuos –por el contrario– impulsivos, inexpertos y con insaciable sed de poder sin importar el costo humano y social⁸⁹.

Para acreditar este elogio que Francisco Núñez de Pineda ha hecho de sí, relatar su pasado como cautivo ha sido una elección muy conveniente, y no tanto porque la remembranza de los sufrimientos que padeció en tierras mapuches pudo ser una adecuada estrategia retórica para probar su condición de abnegado vasallo, sino porque en aquel momento obtuvo lo que tanto esperó recibir en su vida posterior: reconocimiento y un trato digno y acorde con la nobleza de su cuna⁹⁰ así como con sus méritos personales. Por eso era “conveniente” que el argumento central de su obra fuese su feliz cautiverio como joven prisionero, porque incluso en esa difícil circunstancia nunca dejó de sentirse agasajado por quienes menos lo esperaba. Lo que queremos decir, en definitiva, es que el hecho de que los propios enemigos reconocieran la importancia de nuestro autor pudo erigirse en su mente como una convincente prueba para demostrar que su virtud era una cualidad genuina.

Con todo, evocar el buen trato que recibió de parte de los mapuches no solo debería visualizarse como un apropiado recurso probatorio; también pudo tratarse de una “operación psicoterapéutica”⁹¹ para calmar el malestar de no haber sido reconocido

⁸⁹ Cfr. Anadón, *Pineda y Bascañán...*, *op. cit.*, p. 61; Chang-Rodríguez, “Conocimiento, poder y...”, *op. cit.*, p. 73; Galindo, “Escritura y verdad...”, *op. cit.*, pp. 25-26 y 28; Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 14-15 y 21; Colters, “El discurso utópico...”, *op. cit.*, p. 274.

⁹⁰ En efecto, nuestro autor justifica el buen trato recibido de parte de los indígenas en función de la estima que entre ellos gozaba su padre, Álvaro Núñez de Pineda y Bascañán, hombre de conducta intachable y ejemplar que, por lo mismo, había sido debidamente reconocido por los mapuches. Resulta interesante esta mención honrosa de sus antecedentes familiares, porque con ella daba a entender que fue su propio linaje el que decidió que la estadia en tierras indígenas fuese, dentro de todo, afortunada. Es más, el buen desenvolvimiento que mostró entre sus captores no hizo sino confirmar que compartía la misma sangre de Álvaro “Maltincampo” –que era como llamaban a su padre–, y con ello elevó su virtud casi a una condición nata. En el fondo, la integridad de aquel era una cualidad compartida y, por extensión, también una característica personal. Como se puede apreciar, la referencia a su noble ascendencia debió tratarse de una notable estrategia retórica para resolver la “deshonra” que implicó su cautiverio.

⁹¹ Sabemos que es muy discutible interpretar la escritura de la época colonial en Chile como un ejercicio “psicoterapéutico”, ya que esta noción adquirió forma, además de su convencional significación, a partir de fines del siglo XIX con el desarrollo del psicoanálisis. Sin embargo, creemos que eso no inhabilita el uso de este término porque, si tomamos la psicoterapia en su más amplio sentido, resulta un hecho que la necesidad –intrínseca a nuestra humanidad– de hallar alivio emocional a un sinnúmero de circunstancias que provocan malestar ha motivado, a lo largo del tiempo, que las personas exploren diversas vías para curar o superar el sufrimiento humano. A modo de ejemplo, véase el trabajo de Patricia Cox Miller sobre la función psicoterapéutica de los

—como él creyó que lo merecía— por su propia sociedad peninsular⁹²; si los mapuches habían sido capaces de distinguir la dignidad de nuestro autor y ofrecerle un trato consecuente —incluso siendo su prisionero—, entonces el problema no era él, tampoco su grupo social de pertenencia —los criollos—, ni menos los indígenas; eran los funcionarios españoles recién llegados a estas tierras, es decir, los mismos que pusieron más de una traba para que su carrera política no tuviera el alcance que él hubiese deseado. Con esta construcción retrospectiva se ofreció a sí mismo —como también a los suyos y a la posteridad— una razonable explicación sobre su accidentado destino. De este modo trató de cicatrizar, dentro de lo posible, las heridas de una sufrida vida; de paso, también dejó inmortalizado un reconfortante recuerdo —su feliz cautiverio— que pudo ser un efectivo analgésico al cual recurrir en sus momentos de mayor desengaño.

Por otra parte, el notable esfuerzo de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán por reducir la incongruencia cognitiva que tensó su espíritu producto del evidente contraste entre sus elevadas expectativas y su percepción negativa de la realidad, no solo lo motivó a realizar un elogio de sí mismo; para fortalecer esta descripción —mucho más coherente con su autoimagen que con la valoración externa que de él se pudiera haber hecho a partir de la exclusiva observación de su derrotero vital—, nuestro autor buscó expiarse de toda potencial culpa en la dilación de la guerra de Arauco, como también de cualquier acto reprochable que haya podido cometer durante su cautiverio⁹³, dada

sueños en la Antigüedad tardía, en *Dreams in Late Antiquity. Studies in the imagination of a Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp.133-153. Por consiguiente, independiente de que nuestro cronista no haya sido consciente de que su acto de escritura pudo poseer, muy en el fondo, un alcance psicoterapéutico, nos parece que esta expresión es factible de utilizarse como clave de lectura para adentrarnos en el conocimiento de su singularidad en cuanto sujeto histórico. Para profundizar esta idea, véase la siguiente nota.

⁹² Los trabajos de Carmen Mora y Stefanie Massmann han abordado en detalle la biografía de nuestro autor como una búsqueda permanente de reconocimiento por sus servicios prestados al rey, entramado vital que se verifica en la interdependencia de los diversos tipos discursivos que coexisten en el *Cautiverio feliz*. La desventura de haber sido un criollo olvidado y sin reconocimiento, de hecho, es la principal razón para que hayamos definido su acto de escritura como un ejercicio, si se nos permite una vez más la expresión, “psicoterapéutico”. Su obra, en palabras de Ángel Rojas, no solo habría sido concebida desde “la oscuridad”, esto es, alejada “del heroísmo magnánimo de la gran historia”, sino también desde la “fractura”. En ese sentido, el desaliento que evoca el texto se relaciona de forma muy estrecha con un contexto social y político más amplio —la estructura de la administración virreinal— que habría facilitado aquel estado de desánimo, de manera que las afecciones emocionales que atraviesan el itinerario espiritual de nuestro autor serían expresivas, por sobre todo, de la configuración de una identidad o perspectiva criolla acerca de la realidad colonial, marcada por la situación de marginación en que se mantuvo a ese sector de la sociedad y que se tradujo en un sentimiento de frustración por no ver satisfecha su “aspiración de reconocimiento de sus servicios en la conquista. Estos deseos fueron constantemente marginados por la corona, la que evitó nombrar a criollos en cargos importantes en los virreinos y privilegió a la nobleza castellana, decisiones que Francisco Núñez de Pineda criticará de manera incesante en el *Cautiverio*”. Véase Mora, “Modalidades discursivas en...”, *op. cit.*, pp. 153-247; Massmann, “Casi semejantes: tribulaciones...”, *op. cit.*, pp. 109-125; Rojas, “*Nuestro afligido reino*”..., *op. cit.*, pp. 14 y 17. Por eso hemos dicho que, a través de la redacción de esta obra, lo que su autor buscaba era resolver y reivindicar la posición político-social de su grupo de pertenencia dentro del andamiaje colonial, al mismo tiempo que, la posibilidad de disminuir su contrariedad identitaria habría desempeñado una función terapéutica para sobrellevar el desplazamiento que sufrían los criollos en sus posibilidades de ascenso.

⁹³ Al respecto, véase *Cautiverio feliz*, I, 5, 12 y 17; II, 7, 11, 14, 17 y 19.

la situación de extrema dificultad en la que se encontraba, donde las más de las veces debió actuar bajo coacción y no por expresa voluntad⁹⁴.

Esta explicación que responsabilizaba tanto a otros actores como a las circunstancias excepcionales respecto de los propios desaciertos, junto con transferir la acción “culposa” a un agente externo –y así librar a nuestro autor de un juicio moral sobre él–, pudo también aminorar un eventual sentimiento de culpa al resolver el conflicto de conciencia que, quizás, experimentase en su interior; no olvidemos que Núñez de Pineda y Bascuñán era copartícipe de la misma sociedad que, en lugar de establecer un gobierno justo y cristiano en estas tierras, había cometido una cantidad indeterminada de actos de violencia y crueldad, descuidando la evangelización y sometiendo a la población indígena a inhumana servidumbre.

Pues bien, la sentida vivencia que nuestro autor da de su fe cristiana nos hace pensar que esta pudo encender desde muy temprano en él la percepción de que se habían transgredido las normas de convivencia establecidas por su misma civilización, desencadenándose en su interior un sentimiento de culpa que lo impregnó de un estado afectivo displacentero, acompañado de cierto grado de sufrimiento⁹⁵. Sin embargo, y tal como lo antedicho sobre la vergüenza que experimentó por haber sido hecho prisionero, Núñez de Pineda y Bascuñán trató de resolver esta desarmonía tomando concretas medidas que revirtieran aquellas acciones que habían traspasado el marco regulatorio concertado por el propio mundo social donde estaba inserto⁹⁶. En el fondo, una potencial culpa como consecuencia de sentirse, de algún modo, responsable del daño infligido a la población mapuche –lo cual chocaba con su conciencia moral y con los valores que, en particular, le transmitieron los jesuitas⁹⁷–, habría motivado en él una conducta correctora, que enmendase los errores que su misma sociedad había cometido

⁹⁴ Cfr. Invernizzi, “Recursos de la...”, *op. cit.*, pp. 24 y 26.

⁹⁵ Nuestro cronista relata, por ejemplo, que una noche no logró conciliar el sueño luego de haber escuchado el perturbador testimonio de un indígena sobre el inhumano trato que su pueblo había recibido de parte de los españoles: “Gran desvelo me causaron las razones de aquel indio mi amigo y camarada; en medio de estos alborozos no podía echar de la memoria las palabras de aquel gentil valiente, y como mi experiencia era limitada por ser muchacho en aquel tiempo, sin conocimiento de lo que en las reducciones de estos indios se acostumbra, suspenso y admirado, estuve la mayor parte de la noche considerando los agravios que aquellos naturales padecían, y los desafueros y maldades que con ellos continuaban los mismos que habían de ser sus defensores, y en quienes había de tener el refugio, el abrigo y el amparo; que no puede haber mayor tormento ni fortuna más desesperada, que hallar la congoja, y el dolor y el desabrimento en quien se esperaba el alivio, la quietud y el descanso”, en: *Cautiverio feliz*, I, 13; y agrega al comienzo del siguiente capítulo: “Discursos varios hace en el reposo un afligido, y mal alivio halla en el sosiego el desdichado”.

⁹⁶ Cfr. López, *Emoción y sentimientos...*, *op. cit.*, pp. 129-131.

⁹⁷ De hecho, en su divulgación de la fe católica entre los mapuches, nuestro autor siguió el modelo evangelizador de la Compañía de Jesús, según se infiere por algunas acciones que llevó a cabo para afianzar en ellos la cristianización, como, por ejemplo, traducir las oraciones a su lengua nativa: “yo os enseñaré –le dice a un joven mapuche– en vuestro lenguaje las oraciones, para que entendiendo lo que contienen, las aprendáis con más gusto. Tendréle grande (capitán), me respondió, por entender y saber lo que dicen vuestras oraciones. Pues decid conmigo de esta suerte: *Inchi in ta inchoa huenuneuta mileimi*; y así fui prosiguiendo con el Padre Nuestro, y él, respondiendo con alegre semblante, mostraba el regocijo que tenía con ir entendiendo lo que rezaba”, en: *Cautiverio feliz*, II, 18. Véase también López, “La memoria indígena...”, *op. cit.*, p. 122.

en desmedro de los mapuches; haber hecho lo correcto le permitió por fin conciliar cierta tranquilidad emocional⁹⁸.

CONCLUSIONES

El acierto de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es que, junto con haber utilizado su acto de escritura en –legítima– arma de autodefensa, apeló al poder persuasivo que, bien empleada, poseía la palabra escrita para así consumir la resolución simbólica de su paradoja cognitiva, porque si quería neutralizar de manera efectiva el malestar que lo apesadumbraba, requería, por sobre todo, que los demás creyesen y participaran de su visión –subjetiva– de la realidad; el solo hecho de contar *su* verdad y de utilizar el papel como una plataforma a través de la cual sublimar la propia existencia, pudo ser un saludable ejercicio para nuestro autor, porque la narrativa que allí ofreció de su experiencia personal era una correctiva al derrotero por el que atravesó su identidad en el concierto social. Pero también es cierto que este ejercicio debe haber tenido, a lo más, un alcance paliativo; para revertir con rotundidad su desengaño, debía asegurarse de que el relato de su aventura como joven prisionero despertara interés y fuera convincente para su eventual audiencia. En función de este propósito estructuró el desarrollo de la trama, de tal manera que no solo dirigiera la atención de sus lectores, sino que además preparara su ánimo para que entrasen en una consonancia emocional con él.

De acuerdo con lo anterior, adquiere todavía más sentido que Núñez de Pineda y Bascuñán haya centralizado sus discursos en torno a su cautiverio: primero que todo, era un episodio que por sí solo suscitaba interés y podía atraer la atención de la gente. En segundo lugar, su calidad de testigo directo autorizaba su acto de escritura al reforzar la veracidad de lo que estaba contando y, por extensión, también su credibilidad; nuestro autor tenía que proporcionar a su audiencia un marco de certezas para que el contenido de su obra fuera recibido con confianza y seguridad, y qué mayor certeza que la verdad que pretendía demostrar estuviese basada en un conocimiento directo de la realidad.

Por último, resulta sugerente constatar que para persuadir no era suficiente convenir; tanto o más importante era que el mensaje que se quería transmitir conmocionara al lector, y la remembranza de su estadía como prisionero en tierras indígenas era, en efecto, una oportuna estrategia retórica no solo para *darle sentido* a su relato –en tanto función testimonial que legitimaba la verosimilitud de lo contado–, sino para *hacerlo más sentido*: la minuciosa descripción de la naturaleza –que desde el punto de vista estilístico sirvió de marco a los sucesos descritos–, la referencia a sus eventuales y reconfortantes alegrías, pero también, y por sobre todo, la constante alusión a las congojas

⁹⁸ En varios pasajes de su obra, nuestro autor exterioriza el consuelo que sintió en su espíritu gracias a las misiones que llevó a cabo entre los indígenas, pero sobre todo a raíz del entusiasmo que los más jóvenes demostraban por conocer la fe cristiana. Véase, por ejemplo, *Cautiverio feliz*, II, 6, 14 y 18.

que ha padecido en su leal servicio a la Corona⁹⁹, hacen del *Cautiverio feliz* un escrito hondamente humano, donde la apelación a su sufrimiento cabría visualizarla, más bien, como una interpelación al lector: que no fuese indiferente sino que se conmoviera con su dolor, esto es, que sintiera una pena tan profunda hasta lograr sacudir su ánimo y despertar su compasión. Quizá por esto es que nuestro autor no encapsuló el argumento de la obra a su sola historia personal; la meticulosa referencia a hechos dolorosos que afectaron la salud psíquica –e incluso física– de diversos actores involucrados en la guerra de Arauco amplifica el dramatismo de su relato¹⁰⁰, perturbando la conciencia de la audiencia y desestabilizando su ánimo; a decir verdad, *Cautiverio feliz* es un escrito que a ratos duele y cuesta seguir, pero que, por estimular estas sensaciones displacenteras, consigue lo que busca: ganarse el afecto del lector.

Para sellar esta “simpatía extendida” con su audiencia, Núñez de Pineda y Bascuñán tuvo la ocurrente idea de cubrir su más íntimo objetivo –escribir una autodefensa en función de su particular y más personal interés por resolver su contradicción vital– a través de un discurso que aseguraba estar motivado por una altruista causa: remediar los males que aquejaban al reino de Chile y, de paso, reparar el daño perpetrado a la población mapuche como también revertir la marginación política y social en que se hallaba sumido el sector criollo, grupo al que pertenecía nuestro autor. Dicho de otro modo, al colectivizar un problema que en su más oculta vivencia emocional se trataba, en especial, de un malestar personal, hizo que su obra ganase mayor poder persuasivo, porque dio a entender que su última meta era conseguir un beneficio colectivo.

En realidad, no existen fuertes razones para que dudemos acerca de las palabras de nuestro autor ni de sus nobles intenciones. Por lo mismo, tampoco quisiéramos que nuestra lectura rompiera la placentera sensación que evoca el *Cautiverio feliz* como consecuencia de su –bien lograda– finalidad edificante. Más bien, nuestro propósito solo ha sido tratar de iluminar otros aspectos que decidieron la forma y el contenido de esta obra, en particular aquellos aspectos que escapaban al discurso explícito porque tenían que ver con motivos que pertenecían a la esfera más íntima de Núñez de Pineda y Bascuñán –la dimensión psicoafectiva de su existencia–: en lugar de seguir *cargando* con nocivos sentimientos, *encargarse* de ellos para así fortalecer su golpeada autoestima y recobrar su estabilidad emocional. Lo destacable de esta operación es que, habiendo sido motivada –entre otras razones– por y para reducir la disonancia cognitiva hasta recuperar una mínima coherencia interna, terminó siendo consecuente con su propósito político-social y ético-moral, ya que la autodefensa y sublimación de sí implicó la efectuación de un acto de escritura a través del cual, a su vez, trató de *hacerse cargo* de la adversa realidad que tanto a él como a los indígenas y criollos les había tocado vivir, esbozando con su pluma un proyecto de sociedad que fuera capaz de mejorarla y humanizarla. En otras palabras, Francisco Núñez de Pineda hizo de sus sentimientos razones

⁹⁹ Véase, por ejemplo, los siguientes capítulos del *Cautiverio feliz*: I, 4-6, 8-11, 14 y 17; II, 7, 16 y 18.

¹⁰⁰ Véase *Cautiverio feliz*, I, 1, 8 y 10-13; II, 11-12 y 15.

que guiaron su accionar, y esto en una doble dimensión: tanto a nivel intrapersonal como interpersonal.

Haber dado con estas observaciones que nos invitan a pensar de manera más compleja el contenido y sentido del *Cautiverio feliz*, habría sido difícil de no haber reparado, como lo hemos intentado hacer aquí, en el proceso psicológico por el que su autor estaba debiendo pasar durante el desarrollo de su práctica escritural. En definitiva, creemos que haber centrado nuestro estudio en aquel estado anímico ha demostrado ser una reveladora clave de lectura por potenciar la inteligibilidad de esta obra, una obra donde la íntima emocionalidad del cronista goza de una presencia significativa junto a la profunda reflexión de su pensamiento, dos procesos cognitivos que, más que parecer intercalados, se hallaban interconectados.